

I I I

LA ESPIRITUALIDAD DEL CONSAGRADO

EJERCICIOS ESPIRITUALES A LAS RELIGIOSAS CARMELITAS
DE TALCA (*)
(3-10-XI-1939)

Jesucristo, Nuestro Señor, habla siempre al alma fiel, pero más especialmente en estos días quiere hacer oír su voz en lo íntimo de nuestros corazones.

“Audi fili et inclina aurem cordis tui” (1), dice San Benito en el Prólogo de su Regla. Esta debe ser nuestra actitud en estos días: hacer el silencio en nuestro interior para oír la voz de Dios, que es queda y leve como el susurro de la brisa. Magdalena, a los pies de Jesús, escuchaba las palabras del Maestro. Esta es toda la vida religiosa: escuchar la divina Palabra y ponerla en práctica.

Estos ejercicios se van a orientar todos a buscar a Dios. A esto hemos venido a la religión; se es cristiano en la medida en que se busca a Dios, y nosotros que por profesión debemos buscar a Dios, toda nuestra vida hemos de orientarla a este fin.

¿Dónde vamos a buscarle? En las fuentes: la primera, es la contemplación de las verdades eternas, fundamentales, en las cuales está la solidez de todo nuestro edificio espiritual y que cada día debiéramos tratar de profundizar.

Dios es Verdad, y en las verdades reveladas por El vamos a meditar estos días.

Segunda, la Voluntad de Dios. ¿Qué queréis, Señor, que haga?, palabras de Saulo, convertido en el Camino de Damasco y que debiéramos repetirnos constantemente. Conocer el plan de Dios sobre nosotros y cumplirlo: en esto consiste toda la santidad;

Tercera, la obra del Espíritu Santo en nuestras almas. El está con sus mociones e inspiraciones, obrando continuamente en nuestras almas. “*Spiritum Sanctum nolite contristari*” (2). Es necesaria una gran docilidad, especialmente en estos días, para dejarnos conducir por El como una pelusita de cardo llevada por el viento: a veces se baja, a veces se eleva; como los serafines de que habla el Apocalipsis, que eran llevados por el Espíritu Santo y donde soplaban ellos iban; como una masa blanda en manos del alfarero, para que el Divino Artífice modele en nosotros su Divina Imagen.

Esta docilidad no es otra cosa que el abandono en brazos de nuestro Padre Celestial, como supo practicarlo Santa Teresita. No el quietismo, sino dejarnos conducir por Dios y hacer todo lo que El nos pide.

La docilidad se consigue a base de fe, para ver la obra de Dios; de abnegación de sí mismo, especialmente de nuestro amor propio. Debemos vaciarnos de nosotros mismos —somos vasos de Dios— y Dios se nos dará en la medida en que hagamos este vacío.

* Notas tomadas y facilitadas por Sor Margarita del Sdo. Corazón.

(1) Tr.: “Oye, hijo e inclina el oído de tu corazón”: *Sl.* 44, 11.

(2) Tr.: “No contristen al Espíritu Santo”: *Ef.* 4, 30.

Para hacer bien estos Ejercicios, debemos orar mucho estos días: "todo don perfecto descende del Padre de las luces".

Además, es necesario gran paz. Donde no hay paz no está Dios. Nada de escrutar los rincones de nuestra alma para intranquilizarnos, como quien desarma un reloj. Cuando chico yo desarmé uno y al armarlo sobraron cuarenta piezas y otras tantas ruedas y se envió al relojero por cuenta de mi mamá, con el correspondiente reto.

Del pasado, llorar sí nuestros pecados, pero confiarlos a la Misericordia Divina y el futuro entregarlo a su Providencia.

Paz, mucha paz. Allí dejaréis hablar a Dios. No queráis desmenuzar cuanto os diga en estos Ejercicios. Me diréis: "Pero el Obispo dice, entonces, cosas inútiles". No quiero decir eso, sino que oigáis a Dios en la paz y socio, como muy bien lo dijo Nuestro Padre, San Juan de la Cruz, en la exhortación 284:

"Una Palabra habló el Padre, que fue su Hijo, y ésta habla siempre en eterno silencio, y en silencio ha de ser oída del alma".

I.— *Meditación*

Vamos a poner como base de estos Ejercicios la conversación con Dios.

En su Palabra Divina, en las Sagradas Escrituras, están las verdades reveladas, que son la fuente primera del conocimiento de Dios. "Si conocieris el don de Dios", dijo Jesús a la Samaritana. Conocer a Dios es la vida eterna, lo dijo Cristo en la Última Cena, y esta vida la comenzamos aquí, pues la eternidad es una.

¿Quien eres tú, Señor? La Sagrada Escritura dice: "Yo soy el Señor Dios tuyo". Dios es nuestro Señor; somos sus creaturas: todo lo recibimos de El, nos rodea, nos penetra, vive en lo último de nuestro ser. Dios es santo y vive en nuestras almas para santificarlas. Somos de Dios. ¿Nos hemos dado cuenta lo que significa "somos de Dios"? ¿Qué quiere decir cuando decimos "mi Señor, mi Señor", sino una entrega total de nuestro ser a Dios? ¿Qué otra cosa hizo S. Pablo, al ser derribado en el camino de Damasco, con aquellas palabras: "Señor, qué quieres que haga", sino decir: Señor aquí me tienes, totalmente tuyo?

Si tanta autoridad da la legislación civil al padre sobre sus hijos, con mucha mayor razón somos de Dios. Debemos, pues, reconocer esta soberanía, que es plena, inalienable, inamisible, total.

Somos, además, suyos por adopción en su Hijo Unigénito. "Hereditas mea" (3), somos su herencia. Y nosotros especialmente somos suyos, por nuestra consagración a El, como sus esposas.

Debemos reconocer este dominio de Dios sobre nosotros con nuestras palabras, con nuestras obras y con nuestro corazón, o sea, como dice San Ignacio: hemos sido creados para alabar, servir y amar a Dios. Alabarlo con nuestras palabras, que ellas sean una continua alabanza; servirlo con nuestras obras y amarlo con todo nuestro corazón.

(3) Tr.: "Herencia mía": St. 15, 6.

1) *La búsqueda de Dios*

Como lo dijimos, el fin de nuestra vida es buscar a Dios. A esto están encaminados estos Ejercicios: "Quaerite faciem eius semper" (4). Esta búsqueda de Dios está sobre todo, sobre toda virtud, como lo dice San Bernardo en una hermosa página. Dios quiere darse plenamente a nosotros y lo encontraremos en la medida en que lo busquemos. ¿Dónde hemos de buscarle? Si muchas almas con santos anhelos buscan a Dios y no lo encuentran es porque no lo buscan donde y como deben, se forjan una piedad de sentimientos e impresiones. "Mis caminos no son vuestros caminos y mis pensamientos no son vuestros pensamientos", dice el Señor, por Isaías.

Yo quisiera ser Papa sólo por media hora, para hacer una quemazón de libros de piedad que no hacen otra cosa que fomentar el sentimentalismo.

El camino por donde hemos de buscar a Dios es Cristo, solamente Cristo. Y a Cristo lo hemos de buscar por dos medios: la fe y el amor.

Podemos repetirnos: "Domine, ut videam" (5), palabras del ciego del Evangelio, que clamaba a Jesús pidiendo la vista; alzaba la voz, pero la gran multitud le impedía acercarse a Cristo. Así pasa muchas veces en la vida espiritual, en que multitud de cosas nos impiden acercarnos a Dios.

Conocer a Cristo, el Cristo del Evangelio, no un Cristo romántico o de leyendas, sino el Cristo verdadero, es lo primero. ¿Qué es lo que debo creer de Cristo? "Tú eres Cristo, el Hijo de Dios vivo" (6). Esto es, ante todo, lo que tengo que creer de Cristo: Que El es Dios, igual al Padre, engendrado por El desde toda eternidad, el Pensamiento, la Palabra, el Verbo del Padre; que este Verbo se hizo carne, tomó nuestra naturaleza, fue hombre como uno de nosotros, se hizo nuestro hermano. Conoció todas las miserias de nuestra naturaleza, a excepción del pecado. El sabe compadecerse de nuestras miserias porque sufrió y conoció nuestras penas. Padebió hambre, sed, supo de las amarguras de las traiciones de los hombres, conoció el tedio de la vida, el terror de la muerte.

Debemos creer que fue nuestro Salvador, que murió por reconciliarnos con su Padre; que después subió a los cielos, donde está glorioso y es nuestro intercesor y abogado para con el Padre. Que se quedó en la Eucaristía, al mismo tiempo, para acompañarnos en nuestro destierro. Que continúa su vida en la tierra por su cuerpo místico, que es la prolongación de Cristo y que vendrá al fin de los tiempos a juzgar a todos los hombres.

Después de afirmar todo esto no nos queda sino caer postrados ante El en profunda adoración. Esta debe ser nuestra actitud en silencio profundo: adorarlo, como el leproso curado volvió a dar las gracias a Jesús y le adoró postrándose a sus pies, o como la Magdalena en la mañana de la resurrección, cuando se oyó llamar por su nombre: "María". "Maestro", dijo ella y arrojándose a sus pies le adoró.

Pero no basta creer en Cristo; es necesario amarlo, con un amor verdadero, con un amor de Evangelio, con el mismo amor con que Dios nos ama; no un amor de sentimiento, un amor humano, que llega casi sólo al instinto.

Para amarlo, no hay sino que contemplarlo en su humildad, su pobreza, su bondad. ¡Qué humilde fue Cristo, y cómo atrae la humildad! El

(4) Tr.: "Buscad siempre el rostro de Dios": *Sl.* 104, 4.

(5) Tr.: "Señor, haz que vea": *Lc.* 18, 41.

(6) "Profesión de fe de Pedro": *Mt.* 16, 16.

mismo se propuso como modelo: "Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón (7).

Su pobreza: en Belén, un establo, una pesebrera de animales; en Nazaret. ¡Pensar lo que es la pobreza de las casas de Judea hoy día y mucho más veinte siglos atrás! ¡Qué distinta nos imaginamos que fue la casita de Nazaret! (La Virgen lavaba, San José tendía y el Niño lloraba del frío que hacía...). Cristo no tuvo donde reclinar su cabeza.

Su bondad: el Evangelio está lleno de los rasgos de su bondad, al perdonar a los pecadores, a la Magdalena, la mujer adúltera, al Buen Ladrón. Los niños de Nazaret decían: "Vaymos a la suavidad; El nos atrae con su humildad, su pobreza y su bondad".

2) *El conocimiento del Padre*

Puestos en la escuela de Cristo, El que es luz y ciencia, escuchemos lo que nos enseña.

¿Cuál es su primera enseñanza? "Id al Padre". El conocimiento del Padre es lo primero que El quiere, de esa Paternidad de la cual ha querido hacernos partícipes, y que es la base de la vida misma de la Trinidad. El Padre desde toda eternidad se conoce a sí mismo y engendra a su Hijo, que es su imagen; el Hijo ama al Padre y de este mutuo amor procede el Espíritu Santo, que es la espiración del Padre y del Hijo.

Entre el Padre y nosotros hay un recuerdo triste: el pecado original y los pecados actuales; pero El en su bondad nos ha perdonado y echado los brazos al cuello como al hijo pródigo.

Dios ha querido comunicarnos su filiación divina, haciéndonos hijos suyos por el bautismo. Nuestra vida es caminar como hijos muy amados de Dios, que van a la casa del Padre. ¡Cómo se simplifica así la vida! ¡Qué poco conocida es esta verdad de Paternidad divina! (Crean algunos que el Padre Celestial es como lo representan: un venerable anciano de largas barbas blancas).

Se recuerda muchas veces su Omnipotencia, su Justicia y no su Bondad, su Paternidad. El es "el Padre de las misericordias", como lo dice el Apóstol Santiago.

A veces en este camino de la búsqueda del Padre necesitamos consuelo: el camino es áspero y sembrado de espinas y El es nuestro consuelo. San Pablo dice: "No se nos ha dado el espíritu de temor, sino el espíritu de adopción, en virtud del cual clamamos: "Abba" Pater.

Padre es la primera palabra del Credo, antes que Dios Omnipotente.

El poema del agua es como un modelo de lo que debe ser nuestra vida. Su suerte es la más hermosa: sale del océano, sube al cielo, donde forma hermosas nubes; cae en forma de lluvia, vuelve a subir... Así nosotros, salidos del Padre, caminamos buscándole y vamos a la casa de nuestro Padre. Toda la mística no es sino esta intimidad con el Padre, que quiere participar sus tesoros a sus hijos muy amados.

Ahora, veamos cómo toda la vida de Cristo no es otra cosa que la práctica de esta verdad de la paternidad Divina.

Cristo viene al mundo para glorificar a su Padre y hacer su Divina Voluntad: "Padre, no te han agradado las hostias y los holocaustos; heme

(7) Mt. 11, 29.

aquí que vengo para cumplir tu voluntad". El Padre quiere que nazca en un pobre establo y ahí nace y los ángeles entonan: "Gloria a Dios en las Alturas". Que salga desterrado a Egipto y allí va: "Yo llamé a mi Hijo desde Egipto". A los doce años, cuando sus padres le buscan con lágrimas. "¿No sabéis, les dice, que debo ocuparme en las cosas de mi Padre?". Cuando predica siempre busca la gloria de su Padre, no la suya. "Hago siempre las cosas que agradan a mi Padre". "Mi comida es hacer la voluntad de mi Padre". Hacer la voluntad de Dios, o glorificarle, es una misma cosa. En la Última Cena dice: "Padre, glorifica a tu Hijo, para que Tu Hijo te glorifique a Tí". En el huerto: "Padre, si es posible, pase de mí este cáliz, pero no se haga mi voluntad, sino la Tuya". En la Cruz: "Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu". El tormento más grande en la cruz, fue sentirse rechazado por su Padre. Padre "Consumatum est" (8).

Buscar a Dios es la razón de ser de la vida religiosa, para entregarnos plenamente a El, y esto por Cristo nuestro Señor. Cristo es el camino. Por nuestra adhesión a Cristo, por nuestra identificación y transformación en Cristo llegamos a la posesión de Dios.

Debemos vivir de Cristo, centralizar en Cristo nuestra vida espiritual: "No saber, como decía el Apóstol, otra cosa que Cristo crucificado". El es el Alfa y el Omega. ¿Cómo es el camino? 1º, con su doctrina; 2º, con su ejemplo.

Cristo nuestro Señor trae una doctrina, es la revelación de Dios al mundo. S. Juan dice: "A Dios nadie lo ha visto, pero el Hijo Unigénito que está en el seno del Padre, El nos lo ha declarado" (9).

En el Evangelio, Felipe, después de oír hablar a Jesús sobre el conocimiento y el amor del Padre, le dice: "Muéstranos al Padre". Y Jesús responde: "Felipe, tanto tiempo que estoy con vosotros y aún no me conoces; quien me ve a Mí, ve a mi Padre" (10).

Dios está en un lugar inaccesible. "Deus in loco caliginoso". Nadie lo ha visto, no se manifiesta al hombre directamente; sin embargo, ha querido levantar el velo y se ha manifestado en Cristo. El es la revelación, la manifestación del Padre. Dios visto, lo inteligible se toca, a Dios se le ve, se le oye, se le palpa en Cristo. S. Juan dice: "Lo que oímos, lo que escuchamos, palpamos del Verbo de la vida, eso anunciamos" (11). Dios invisible, intangible, espíritu, lo vemos, palpamos en Cristo.

Es necesario lo conozcamos en su doctrina. ¡Nunca acabamos de penetrar suficientemente en el conocimiento de Cristo! No un conocimiento desfigurado, como se ve muchas veces hoy día, sino su doctrina tal como El la enseñó, como salió de sus labios. Si fuéramos cristianos viviríamos plenamente la doctrina de Cristo, esta doctrina pura, cristalina, no como el mundo la enturbia y oscurece. Conocer a Cristo en su Evangelio, su Palabra revelada. Los Libros Sagrados están impregnados de la persona de Jesús. La Ley Antigua está impregnada de Cristo, el Mesías, el Esperado, el deseo de los eternos collados. El N. Testamento no hace sino explicarnos su doctrina; los Hechos de los Apóstoles nos narran los últimos acontecimientos; las Epístolas son la doctrina de Cristo hecha pan; el Apocalipsis, el triunfo del Cordero y de su Esposa la Iglesia: están llenos de Cristo.

(8) Tr.: "Todo está consumado": Jn. 19, 30.

(9) Jn. 1, 18.

(10) Jn. 14, 9.

(11) 1 Jn. 1, 1.

Debemos penetrarnos de esta idea: que si queremos obtener una Renovación evangélica, debemos conocer a Cristo, su doctrina pura, límpida, bebida en el Evangelio, que es el pensamiento de Dios. Si queremos la renovación de nuestra vida religiosa, ella debe ser Evangélica. La ignorancia de las Escrituras es la ignorancia de Cristo. Todo lo que hagamos por penetrar su doctrina, por hacer de ella nuestra regla de vida, es poco. La Regla es el Evangelio codificado; si no reproduce el espíritu del Evangelio, no es espíritu de Cristo y debe ser observada en la medida que reproduce el espíritu de Cristo. Al tratar de la obediencia, la pobreza, etc., no hace sino aplicar el Evangelio al género de vida de cada institución.

Es necesario que nuestra vida sea vivificada por el Evangelio. Su doctrina puede, a través de pequeñeces, sufrir deformaciones; es preciso que nuestro sentir y vivir sea el Evangelio. ¿Qué pasa en el mundo hoy día? Se ha perdido el espíritu del Evangelio y la renovación está en el espíritu del Evangelio, aplicado a la vida. Hombres hay que han comido, se puede decir, el Evangelio en su letra y en su espíritu. Son levadura puesta en la masa, la gran cuña y el mundo salta y la masa fermenta; estos son los cristianos de los primeros tiempos, de las catacumbas, que admiran al mundo con su pobreza, su caridad: "Mirad cómo se aman", decían los paganos y por su espíritu Evangélico el mundo pagano se convierte. Vienen más tarde las invasiones de los bárbaros, "el azote de Dios"; los cristianos se han disipado, pero viene al mismo tiempo la renovación. Benito de Murcia dice: "Vayamos por el Evangelio" y viene la florescencia de vida interior, de vida cristiana.

Otra decadencia y aparece un pobrecito con los pies descalzos y un cordón amarrado a la cintura, Francisco, el del corazón inmenso, predicando al hermano sol, a la hermana tierra, a la hermana agua, a la hermana ceniza por ser casta... y trae una renovación evangélica.

Estamos ahora en siglos cargados de miserias y de esperanzas. Es necesario una inyección de Evangelio y ésta debe salir de las grandes reservas: los claustros de la vida plenamente vivida, de esa vida que irradia perfume de Evangelio. Por ese Evangelio de Cristo vivido, el mundo se convertirá.

¿Queremos asimilarnos a Cristo, asimilarnos su doctrina sin desfigurarla? Leamos el Evangelio, sin desfigurarla. Por Ej., cuando habla de presentar la otra mejilla, cuando le hieren en una, entendamos que habla del perdón absoluto de las injurias; es la ley de la caridad, sin distingos, sutilezas; la caridad absoluta, que no mira los defectos, las miserias. "Omnia suffert" (12), todo lo sufre, todo lo puede; si habla de la pobreza, es el total desapego de los bienes de la tierra; si de la obediencia de Cristo: el superior habla, es Dios quien habla. El Evangelio auténtico, sin contemporizaciones. ¿Qué nos pide Cristo? "Abeneget semetipsum, tollat crucem suam et sequatur me". Niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame (13).

Vemos que el Evangelio hace distinción: al que quiere vivir lo esencial le muestra los mandamientos; al que quiere ser perfecto, toda la doctrina de Cristo. Debemos tener el conocimiento pleno, que el Evangelio en nuestra vida es una luz, fuerza y regla de nuestra conducta. Así viviremos plenamente el espíritu de Cristo, entraremos en los designios del corazón de Dios.

(12) Tr.: "Todo lo sufre": 1 Co. 12.

(13) Mt. 16, 24; Lc. 9, 23.

La renovación del mundo es todo un movimiento de Evangelio y de Eucaristía, unidos en la Liturgia.

Escándalo es para los no católicos ver a los católicos tan lejos del Evangelio; cuando leen el Evangelio y ven cuán lejos estamos sufren una conmoción. ¡Ay si nosotros obispos, sacerdotes y religiosos tenemos la culpa!

Muchas personas rezan, hacen novenas; creen que en esto sólo consiste la piedad. Hay señoras que van a Misa en la mañana (y se quedan muy tranquilas) pelan un poco al prójimo, pagan un mal sueldo a los empleados, van en la tarde al biógrafo inmoral y después se acuestan muy tranquilos en brazos del ángel de la guarda, diciendo: "Ángel de la guarda, mi dulce compañía, no me desampares de noche ni de día". Con el amparo del ángelito ya está...

Estas son caricaturas del Cristianismo. A veces se encuentran comunistas, dentro de su error, con más espíritu de justicia y caridad que los cristianos. De aquí vienen a veces las reacciones violentas de los contrarios. Se necesitan almas que vivan plenamente el Evangelio en el mundo.

Hagamos un examen de la vida sacerdotal y religiosa.

¿La doctrina de Cristo penetra profundamente en nuestra vida? Nuestros pensamientos, nuestros juicios, son humanos; debemos reformarlos. Nuestras palabras, nuestros sentimientos, ¿respiran Evangelio? ¿Practicamos el perdón mutuo, tenemos un corazón abierto, amplio, para comprender las miserias, las enfermedades? ¿Sentimos eso en nuestras palabras? ¿Reflejan Evangelio?

Si nosotros no estamos impregnados de Evangelio, no hay renovación posible. Y esto, donde Dios nos ha puesto: en el mundo, en la vida religiosa, en la educación... El Evangelio vivido se adapta a todo, pero en el fondo es la vida del Evangelio.

Los modos de pensar, ver, sentir, de un mismo, ¡qué poco reflejan Evangelio! Irradiamos nuestra pobre personalidad.

El Evangelio debe ser el camino, la vida, el centro; debemos impregnarnos de su doctrina; no juzguemos con criterio de mundo. Lo contrario sólo sería un barniz de cristianismo. Muchas personas son como esas tortas cubiertas de betún con hermosos decorados, o como las murallas del coro sólo tienen un betún o enlucido de Evangelio; viene un temblor, remueve la cáscara y aparece el barro de la muralla, se ven hasta las pajitas formando no muy artísticos arabescos.

Así nos puede pasar en nuestras vida cristiana, caer la cáscara y quedar al descubierto nuestra miseria. En cambio, si está impregnada de la doctrina de Cristo, nuestras palabras y pensamientos son el Evangelio vivido. Pueden venir terremotos espirituales y la casa no caerá porque está edificada sobre piedra firme.

En el capítulo XVII de San Juan, en la Oración Sacerdotal, pide Cristo a su Padre: "Santifícalos en la verdad". (Esta es la verdad).

Santa Teresa y S. Juan de la Cruz tienen un espíritu amplio. Se tiene un corazón dilatado, horizontes grandes cuando el Evangelio penetra en nuestra vida, horizontes de eternidad como el corazón del que los dicta. ¡Qué alegría, qué gozo en medio de las tribulaciones, un alma grande, dilatada! Si queremos ser estrechos, miremos con mirada humana; si queremos tener alma amplia, miremos como Cristo, con el Evangelio. Así debemos mirar el mundo de la vida sepíritual. "Todo el Evangelio en toda la vida", como decía un autor. "Todo el Evangelio y sólo el Evangelio".

Leed, penetrad, asimilad, conformad vuestra vida con el Evangelio. Mirar la Regla con luz de Evangelio. Así tendremos un gozo de eternidad penetrando en nuestra vida, un Sábado sin fin. Si miramos todas las cosas con la luz del Evangelio, tendremos serenidad, alegría, paz.

3) *Cristo modelo*

Es preciso que sepamos con claridad qué orientación debe tener nuestra vida; ella debe ser eminentemente Cristo-céntrica, que gire alrededor de este eje: Cristo. Hay dos concepciones en que los autores dividen la vida espiritual, y que han seguido las almas que esta vida espiritual ha producido. Una vida espiritual que gira alrededor de nosotros mismos, mirando sus defectos, retrocesos, progresos, su propia persona; otra, el alma que se olvida, no tiene sino un pensamiento, una mirada, Cristo; ser Cristo, transformarse en Cristo. La primera estrecha, limita, lleva al egoísmo, al orgullo espiritual y en último término, al endiosamiento de sí mismo; la segunda, amplía el horizonte y nos pone en el verdadero camino: Cristo centro, eje, fiel de la balanza.

Vimos ya uno de los aspectos de esta centralización: Cristo por su doctrina impregnando nuestra vida.

Ahora lo veremos como modelo, ejemplar.

Si nos fijamos en el Santo Evangelio con frecuencia vemos que Cristo se propone como modelo: "Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida" (14). "El que me sigue no anda en tinieblas" (15). "Ejemplo os he dado" (16). etc. El es la causa ejemplar de nuestra vida; puesto delante de nuestros ojos, debemos copiar su imagen. En los museos, al lado de las obras de arte, de un Velásquez, de un Murillo, se ven artistas en contemplación, miran el original para trasladarlo al lienzo, y hacen con tanta perfección este trabajo, tan igual al original, que lo reproducen fielmente.

La vida cristiana, la perfección, la santidad, es ser copista de Cristo, trasladar a nuestras almas su imagen divina.

No es Cristo ser de ensueños...; ante todo, es modelo que debemos recopiar en nuestro interior, un molde donde vaciar nuestra alma. Y la razón es porque Dios nos ama en la medida en que encuentra en nosotros la imagen de su Hijo. Debemos, pues, copiar, transformarnos, identificarnos con Cristo.

A veces las almas se complican, viendo las virtudes, los defectos que corregir, las ascensiones del alma; se encuentran desorientadas, no saben donde cortar, como el huaso que llega por primera vez a Santiago: muy perito es para andar a caballo, atravesar ríos, pero para atravesar una calle tiene que pedir auxilio.

Cuando llegué al Seminario era lego en la vida espiritual, con muy buena voluntad, pero cuando veía las virtudes que había que alcanzar, que la caridad es lo primero, después veía que la humildad es la base, que la mansedumbre está al medio, la paciencia, etc.; que faltaba esto, sobraba aquello, me sentí desalentado, desorientado hasta que un santo sacerdote me indicó el camino.

(14) *Jn.* 14, 6

(15) *Jn.* 8, 12.

(16) *Jn.* 13, 15.

Nada más peligroso que la dispersión, las prácticas innumerables, que el trabajo derramado, difuso. Estas almas tienen sólo buena voluntad, pero permanecen en la mediocridad, no llegan a las alturas. Psicológicamente, pedagógicamente, hay que tener una idea, un pensamiento, un ideal; una idea fuerza. Hoy día se insiste mucho en los niños en esta idea fuerza; es un nervio, un resorte para la vida. Lo mismo es en la pedagogía sobrenatural, y ésta es la formación nuestra en Cristo Nuestro Señor. Concentrarnos en un solo pensamiento: Cristo modelo, Cristo ejemplar, supremo artífice, molde en que debemos vaciar nuestra existencia.

Volviendo al Evangelio, ¡Qué vulgar es la vida de Cristo! Está llena, es cierto, de heroicidad, sublimidad de sentimientos, de afectos, pero al mismo tiempo, ¡qué vulgar!

Es un niño que nació en el campo, lloró de hambre, de frío; tendría a los seis meses su rabietita, creció, trabajó hasta los 30 años de carpintero. ¡Qué vida tan sencilla y vulgar! Luego, salió a predicar, vida aún más sencilla. ¡Qué naturalidad, sencillez en el lenguaje, en todo! Es porque viene a ser nuestro modelo, hasta en las menudencias de la vida ordinaria, para que lo sintamos en todas las cosas. (Como nosotros sintió sus pies cansados y cubiertos con el polvo del camino) (17).

Así quiso vivir, para ser nuestro modelo. Lo vemos, es cierto, extender sus brazos en la Cruz, coronado de espinas. (Puede ser que a algunas almas le pida esto: dicen que las Carmelitas se ponen coronas de espinas), pero no está en eso, sino en imitarlo en la menudencia, en las tristezas, cansancios, en las majaderías que tuvo que soportar de sus Apóstoles, de la multitud, etc... No un Cristo de ensueño, etéreo, que pasa dejando, según algunos autores, una huella de luz, sino el Cristo sencillo, familiar. ¿No es este el Hijo del carpintero? Siente todo lo que nosotros sentimos, vive la vida familiar. Este es el modelo supremo, constante. En esto consiste la vida espiritual, en identificarnos con Cristo en todos los instantes.

Wenceslao, rey de Bohemia, salía a peregrinar recorriendo las iglesias, sobre la nieve, y un paje le dice: "Majestad, ¿qué debo hacer para seguirle?". Y el rey le contesta: "Pon tu pie en las huellas ensangrentadas que yo dejo".

Vemos la figura adorable de Jesús y le decimos: "Señor, ¿cómo seguirte?". Pon tu pie, nos responde, en las huellas ensangrentadas que he dejado y sabrás como seguirme.

Cristo ha padecido por nosotros para que sigamos su ejemplo, sus huellas, nos dice el Apóstol San Pablo.

San Vicente de Paul se preguntaba: "Cristo, ¿qué harías ahora?". "¿Quid nunc Christe?".

La Carmelita cuando suenan las campanas en la mañana tiene sueño, frío; así es nuestra pobre naturaleza, pero piensa en la voz de Dios, la voluntad del Padre y se levanta. Llega la oración: Cristo, ¿Qué harías? No se si voy en la noche del espíritu o del sentido; eso no importa. Cristo, ¿qué harías? No mira nada. Señor, ¿qué harías? Y ve el alma de Cristo sumergida en oración, en conversación familiar con su Padre Celestial; además, la oración de Cristo es mi oración; siendo El la cabeza de su Cuerpo Místico, se prolonga su oración.

(17) El Sr. Obispo venía ese día lleno de polvo, de una viña donde había estado con el polvo hasta las rodillas (Nota de Sor Margarita).

Viene el Breviario. ¡Qué pesado es a veces! Se recita maquinalmente, con sueño. Señor: ¿qué me significa el Breviario?, me digo. Es la alabanza salida de los labios de Cristo. ¿Habéis rezado con los labios de Cristo, con Cristo en la Cruz, en unión a la divina intención con que oraba al Padre Celestial, como lo dice la oración al empezar (18).

Después, en el vivir cotidiano trato de unirme a Ti, en el trabajo, en lo pesado. “¿Quid nunc Christe?”. Pienso en las manos que hicieron las estrellas, que crearon los mares, formaron las flores, cepillando, barriendo... ¡Manos divinas de mi Cristo! Que una hermana tiene que pelar papas, otra surcir los hábitos... y las papas se pelan, los hábitos se surcen, pensando que es Cristo el que surge, el que trabaja.

Si pensamos en los distintos caracteres, unas lo tienen linfático, otras bilioso, nervioso... Que yo quiero que las cosas salgan de repente y tengo al lado una hermana linfática, que hay que moverla con yunta de bueyes. Otra nerviosa piensa en Cristo con sus apóstoles que no le entienden, soportando los ímpetus de Pedro, los furros de Santiago, la cobardía de los otros. Cristo permanece inalterable, resplandece su dulzura. “¿Quid nunc Christe?”.

¿Qué cosa es la vida cristiana, la perfección? Copiar a Cristo, identificar, esculpir, transformarnos en Cristo, hasta que llegue el momento en que diga: “Vivo yo, más no yo, sino es Cristo quien vive en mí” (19), aunque no lo vea.

El Padre está mirando nuestras almas; deben ser un espejo que reproduzcan la imagen de su Hijo, como en el agua se refleja el cielo; almas identificadas en que pueda reproducirse la imagen de Cristo. Esta es la verdadera vida cristiana: poner el pie en la huella de Cristo, paciente, humilde... Nuestra humildad, la de Cristo; nuestra pobreza, la de Cristo; transformarnos en Cristo hasta llegar a esa unión transformante, de que nos habla N. Padre San Juan de la Cruz.

“¡Oh noche amable más que la alborada.
Oh noche, que juntaste
Amado con amada.
Amada en el Amado transformada!”.

No hagamos lo de la muchacha coqueta de hoy día que se mira al espejo y dice: “Ya me estoy pareciendo a tal artista —todo su ideal es éste—; ¡ay! con este rizo amanecí parecida a la artista tal”. Esto puede pasar en la vida espiritual, por mirarse en el espejo de su alma. Basta con saber que a la medida de nuestras pobres fuerzas trabajamos por identificarnos con Cristo.

El examen de conciencia, qué escarmenar, deshacer, revolver, es a veces; dar vueltas como el carrousel, que nos deja mareados.

Un Cardenal francés carmelitano, del siglo XVII, nos da este medio: mirar a Cristo y mirarse. Mira su humildad en Belén, en Nazaret y después te miras; ese orgullo, ese sentimiento, esos humitos...; mirar su caridad amplia, comprensiva, que perdona y no como yo que porque me pica una mosca ya salto. Así, poco a poco, ir identificándonos con Cristo. Mirar el modelo y a mí. Cristo, el modelo, la causa ejemplar, siempre delante de nosotros. ¿Qué hizo Francisco de Asís, sino imitar a Cristo? San Pablo decía: “Sed imitadores míos, como yo lo soy de Cristo”. Santa Teresa, Santa Teresita nos repiten las mismas palabras: sed mis imitadores como lo fuimos

(18) Referencia a la oración preparatoria del Oficio Divino en esa época.

(19) *Ga.* 2, 20.

de Cristo. Así podemos imitarlo a través de los santos o ya directamente. María, ¿qué nos dice? Imitad a Cristo.

Nuestra transformación está, pues, en modelar a Cristo. Así sentiremos la vida espiritual simplificada, pues se concentra en un solo pensamiento, una cosa. Cristo humilde, Cristo paciente. ¿Qué quiere Cristo en este momento? ¿Qué quiere que yo haga? Pedir mucho a Nuestro Señor que yo me identifique, tenga hambre, ansia, anhelo grande de Cristo; copiar su vida en mi vida.

En los actos de mi vida tener delante las palabras, la figura del ejemplar divino; en esas palabras, en esa figura inspirar todos mis actos, en un solo pensamiento: Cristo modelo.

4) *Misterio de la Encarnación*

Después de haber contemplado algunos aspectos de Cristo, de haber puesto nuestro fundamento en Cristo, en su doctrina, su ejemplo como modelo y causa ejemplar, vamos a entrar a la aplicación práctica, a contemplar las distintas escenas de la vida de Cristo y cada uno de los misterios contemplados apicarlos a nuestras almas para sacar lecciones de vida y vaciar nuestra vida en el molde: Cristo.

Empezando por orden, el primero es el Misterio de la Encarnación, que debemos contemplar constantemente, para que sintamos el dulce influjo suyo en nuestra existencia.

La Encarnación, un Dios hecho hombre, el Verbo hecho carne, es un hecho capital en la Historia del mundo, que ésta no ha hecho sino prepararlo a través de los siglos. Los profetas lo anuncian, el pueblo espera. Es la gran respuesta a la aspiración del hombre... El hombre siempre aspira a Dios; en el fondo de todas las religiones está Dios, aún en las religiones falsas, en la noche negra del paganismo, la idolatría; en ese conjunto triste se ve la aspiración del hombre de unirse a Dios, como el niño tiende a alcanzar las manos de su madre.

La Encarnación es una gran respuesta: el hombre quiere subir, pero no puede; Dios desciende, Cristo es Emmanuel, Dios con nosotros. No será el hombre quien sube; Dios bajará. ¡Qué condescendencia divina! Si lo miramos con luz del Evangelio, esto es porque Dios es amor. La humanización de Dios es la satisfacción de los más íntimos deseos del hombre.

Penetramos en este misterio. Su fundamento es el decreto de la Santísima Trinidad. El hombre tenía necesidad de un Redentor. Pálido queda el pincel para pintar el estado de degradación a que había llegado; en la inteligencia reinaba el error, en el corazón la crueldad. Tácito cita una de las máximas de ese tiempo: "corromper y ser corrompido". Hoy día no se podría tomar un libro de los autores clásicos de entonces; toda la corrupción moderna es pálida al lado de la de aquellos tiempos.

Dios, la Trinidad, quiere salvar al hombre. Dios, amor infinito, misericordia infinita, se inclina hacia el hombre; ve su miseria, su abyección y quiere salvarlo, a pesar que no escuchó su primer llamado en el Paraíso. Es el medio donde mejor se unen la ciencia y la bondad. San Pablo, al contemplar este misterio, exclama: "¡O altitudo sapientiae et scientiae Dei!". Oh altura de la sabiduría y ciencia de Dios (20). ¡Cuán investigables son sus caminos!

(20) *Rm.* 11, 33.

Viene entonces el decreto de la Trinidad, Dios decide, Dios vendrá a la tierra, Dios se hará hombre: “¿Quis mittam?”. Y el Verbo responde: “Ecce ego, mitte me” (21). Y desde toda la eternidad la Trinidad pronuncia en el eterno silencio una sola palabra. Queda establecido que el Hijo, el Verbo, el Esplendor del Padre y figura de su substancia, la Alabanza que el Padre recibe, el Verbo, se haga carne para que el hombre pueda subir hasta Dios.

Pasan los siglos, el Padre prepara el momento; los pueblos, la civilización están preparando la plenitud de los tiempos, en que debe aparecer el Redentor. Bossuet, que tan hermosas páginas tiene, como las “Elevaciones sobre el Evangelio”, “Discurso sobre el abandono”, en una página admirable del Discurso sobre la Historia Universal, dice: los pueblos van pasando como en un desfile y Dios les dice: “camina”; pasa Nabucodonosor, los Asirios, los Persas y Dios les dice: “camina”; van preparando el camino a Cristo, el Deseado.

Llega el momento de la historia profana, es el momento en que el Imperio Romano llega a su mayor esplendor. César Augusto no sabe con sus sueños de gloria que prepara el momento de la venida de Cristo.

En esos instantes parece que la tierra se sumerge en un recogimiento universal; así como en la noche que precede a la aurora la sombra es más intensa, el silencio más profundo, así en esos instantes en que va a aparecer el Salvador, la tierra se recoge, espera. Oyense los gritos de los profetas más fuerte: “Ven, Señor, no tardes más”. “Aperiatur terra et germinet Salvatorem” (22). “Noli tardare. Mitte, Domine, quem missurus est” (23). Envía al Cordero que ha de dominar la tierra”. Las voces de los profetas claman, llaman. La expectación general está preparando el momento en que el Verbo de Dios va a aparecer en el mundo. Aún el paganismo espera que un nuevo orden va a surgir en el mundo; la Sibila de Cumas anuncia al Salvador que vendrá. Augusto tiene un sueño; ve una Virgen en un altar, la Virgen paritura. Grecia levanta un altar al Dios desconocido.

En ese instante en que el mundo espera Cristo aparece. ¡Misterio de sabiduría, de santidad, de amor! Penetremos un poco en este Misterio. Dios toma la humanidad para hacerla participar de su Divinidad. ¿Qué nos dice el Evangelio? La página de San Lucas es el poema más hermoso: “Missus est”. Sin grandes prólogos, qué sencilla es la narración evangélica, nada de oratorias ni de puntos suspensivos.

“Fue enviado el Angel Gabriel a Nazaret, ciudad de Galilea, a una virgen desposada con cierto varón de la casa de David, llamado José, y el nombre de la Virgen era María” (24).

¡Queréis nada más sencillo! El Angel, entrando, la saluda: “Ave María”. Salve, la plena de gracia, la plenitud de la gracia; decir algo más, imposible.

¡Qué hermosa la representa Fray Angélico; es una figura etérea que se deshace en el azul que la rodea! ¡Qué bella! ¡Toda luz, toda sol!

La Virgen humilde, recatada, generosa; pobrecita doncella; es tan grande su humildad.

(21) Tr.: “¿A quién enviaré? Heme aquí, envíame a mí”: *Is.* 6, 9.

(22) Tr.: “Que se abra la tierra y brote el Salvador”: *Is.* 45, 8.

(23) Tr.: “No tardes, envía, Señor, al que has de enviar”: *Cf. Hbr.*, 10, 37.

(24) *Lc.* 1, 26.

“Concebirás, darás a luz un Hijo, su nombre será Emmanuel”. Está por medio su virginidad, pero el Angel le dice: “El Espíritu Santo descenderá sobre tí”. Está revelado el Misterio. El Espíritu Santo es el amor de Dios, ese Dios que se cernía sobre las aguas, hace germinar la tierra, da fecundidad a la materia; es el Amor, el Amor substancial el que obra.

Ella dice: “Ecce ancilla Domini” —“Et Verbum caro factum est”—“Et habitavit in nobis” (25). La página más grande de la humanidad decide de la suerte de toda la humanidad; no volverá a escribirse.

Hemos de tener gran devoción al “Angelus”; no hay oración en que más se manifieste el dogma, la poesía, el sentimiento, y es muy eficaz como obra de santificación; la Iglesia quiere nos sirvamos de ella. Ella debe presidir nuestra vida. A la salida del sol las campanas nos recuerdan: “El Angel del Señor anunció a María”; cuando el sol llega a la cumbre, quema, y vuelve el hombre a restaurar las fuerzas perdidas, el “Angelus” repite el Misterio: a la oración de la tarde, cuando el hombre, como dijo el poeta, quiere descanso, oración y paz, vuelven las campanas a tocar, vuelve el Misterio a iluminar nuestra vida, a acompañarnos al entregarnos al reposo. ¡Qué hermosa oración! No como esas pequeñas devociones que ahogan el alma, causan tedio de la vida espiritual. El alma no se puede llenar con ellas. Con esas oraciones fastidiamos a las almas; no hay que hacer rezar a otros lo que nosotros mismos no rezamos. Las devociones fundamentales se encuentran hoy ahogadas por esas pequeñas devociones. Y la verdad es —no es por vosotras— que esas devociones salen de los conventos. Novenas, series de novenas, rosarios que no acaban nunca, devociones insustanciales que ahogan el alma. No hagamos consistir la devoción al santo en estas pequeñas devociones, como hacer un mes para conmemorar la Primera Comunión de Santa Teresita, en lugar de tomar su espíritu. Sólo conseguiremos con ellas la asfixia y tedio de la vida espiritual. Esta es una de las causas de la falta de piedad que se nota ahora, la insustancialidad de las devociones, que cansan, dejando atrás las devociones dogmáticas, que son la médula de la vida espiritual.

Ojalá salga de este convento una propaganda intensa del “Angelus”. Que nuestra vida transcurra como lo dijo el poeta: “Del Angelus de la aurora al Angelus de la tarde”.

Me tocó presenciar el Angelus del Cardenal Pacelli. Cuando dieron las 12 y 400 campanillas tocan “el Angelus”, el Cardenal Pacelli se levanta como resorte, se pone recto y dice: “con permiso, recemos el Angelus”, con las manos juntas. ¡Qué recogimiento! Yo no hice sino mirar; en mi vida he rezado Angelus más mal. ¡Qué sensación de perfume en el alma deja el Angelus de Pío XII!

Tengamos, pues, grande estima a esta devoción, que reproduce el Misterio de la Encarnación.

¿Qué significa el misterio que acaba de desarrollarse? Dios se humilla, para levantar, se da para hacerse conocer. ¡Misterio de Sabiduría, de Santidad, de Amor! Es, además, misterio de abnegación. ¿Puede darse mayor abnegación, al revestir plenamente nuestras miserias? Se mezcla, se hace, toma el barro de nuestra pobre carne, sus debilidades, sus angustias. Es una fuente de abnegación. ¿Qué es la abnegación? La negación de sí mismo. No está en decir adiós a su familia, venirse a un convento y traerse a

(25) Tr.: “He aquí la servidora del Señor”. “Y el Verbo se hizo carne”. “Y habitó entre nosotros”.

sí misma, ni en seguir una regla áspera si no se niega a sí misma. La perfecta abnegación es la negación total, absoluta, de la carne, de la voluntad; no querer sino lo que Dios quiere, no hacer sino lo que Dios quiere; la negación aún de los consuelos espirituales, del deseo de verse progresar, del sentimiento de una perfección. Es la noche de Nuestro Padre, San Juan de la Cruz: "desde que he empezado a ponerme en nada he encontrado que nada me falta". Este misterio lleva al alma que quiere vivirlo a la abnegación. Se puede cumplir la Regla exteriormente y no tener la perfecta abnegación, si queda espíritu propio y una fibra que no hemos dado a Dios.

La Encarnación es la abnegación total, plena, del Verbo hecho carne que se entrega, que se da.

Veamos ahora su aplicación práctica. Desde ese momento el hombre es dignificado, elevado. El hombre es el centro de la creación, el encargado de dar a Dios el culto, la adoración, la alabanza de la creación entera. Pero su alabanza era imperfecta. Desde el momento que comienza el Misterio empieza a dar a Dios un culto digno de Dios.

Con la Encarnación empieza el sacerdocio de Cristo; en ese instante se realiza la consagración del Sumo y Eterno Sacerdote. El Verbo de Dios no podía ser mediador, debía ser Dios y hombre. La naturaleza humana es unida con el óleo santo de la Divinidad, con la Ordenación sacerdotal de Cristo Nuestro Señor. Todas las gracias nos vienen por el Sacerdocio de Cristo. Ha terminado el Sacerdocio antiguo. "No te han agradado las hostias y los holocaustos". "Ecce venio" (26). Comienza el sacerdocio de Cristo.

Toda la obra sacerdotal es una emanación, una consecuencia del Sacerdocio de Cristo, porque participamos del único y eterno Sacerdocio de la Ley de Gracia, como lo dice San Pablo en su Epístola. De ese Sacerdocio viene la vida para las almas, el acercarse a los Sacramentos, ofrecerse en Sacrificio. A todos los fieles, además, se comunica este Sacerdocio, aunque imperfectamente; desde el Bautismo todos somos sacerdotes con Cristo.

La Encarnación es la unión sacerdotal del único, nuevo, eterno sacerdote de la Ley de Gracia.

Dos cosas hemos de sacar como consecuencia práctica:

Sepamos apreciarlo: "Habitavit in nobis" (27). "Descendit de caelis" repetimos en la Misa y al decir "et incarnatus est" toda rodilla se dobla, los corazones se postran. Dios se hace hombre, para que el hombre se haga Dios, para participar de nuestra vida familiar. "Emmanuel", habitó en nosotros, se hizo carne; es el misterio de las aproximaciones, de las intimidades divinas.

No podemos, ni debemos olvidar la cooperación de María; la hemos visto dando su consentimiento, escuchado sus palabras. Es el templo santo donde ha sido ordenado el Sumo y Eterno Sacerdote, en su seno purísimo. María da su humanidad y al instante el misterio dulcísimo se realiza.

Ollier lo expresa: "Jesús, oh Jesús, viviente en María". Así debemos contemplarlo: siempre en María. ¡Pidamos al Padre nos de esta vida de unión con Cristo, como María! ¡"Ven y mora en tus siervos en el espíritu de tu santidad! Tengamos esa devoción, sepamos comprender todo lo que es María para nosotros. Vayamos a Jesús por su Madre; así es como llegamos a la plena intimidad con Cristo Nuestro Señor.

(26) Tr.: "He aquí que vengo": *Sl.* 39, 8; *Hbr.* 10, 7, 9.

(27) Tr.: "Hábito entre nosotros": *Jn.* 1, 14.

5) *Nacimiento del Hijo de Dios*

En primer lugar, reproduzcamos con la imaginación la escena evangélica.

Ha llegado el momento en que va a aparecer en la tierra el Salvador: "Dum medium silentium".

"Mientras el más absoluto silencio existía en todo y la noche iba en la mitad de su curso. Tú Omnipotente Verbo, ¡Oh señor! desde las reales sedes de los cielos vienes" (28).

En el instante en que Cristo va a nacer todas las puertas se han cerrado, la noche es fría, hiela como cabe helar en las noches de Palestina. José y María han sido rehusados por todos; en la más absoluta pobreza sólo encuentran una roca y la hendidura de una peña. ¡No es más que eso el lugar donde Cristo nació! (Los nacimientos que hacemos son muy lindos).

María se ha puesto en oración, oración profunda; como atraviesa un rayo de sol el cristal nace el Hijo de Dios y al instante lo contempla, adora María, adora José; en lo alto de los cielos resuena música celestial: "Gloria a Dios en las alturas y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad".

Esta escena la reproduce la Liturgia, la noche de Navidad y en la aurora, recordando su nacimiento en carne mortal, en nuestras almas y en los corazones de los demás.

La palabra evangélica ha resonado en nuestros oídos, vamos a escuchar las lecciones que nos enseña. Ante todo, nos da lección de obediencia. Desde su aparición, desde los principios revela Cristo su vida rectilínea, una sola palabra, una sola lección, no como los hombres (de hoy día) que hoy tienen una orientación, mañana otra. El es el mismo hasta el último. Así es como quiere la Iglesia que sean las almas.

Todo en la vida de Cristo está previsto, todo tiene su significado, su alcance infinito. La obediencia de Cristo Nuestro Señor: ¡profundo misterio!

Está anunciado que nacerá en Belén: "De ti va a salir el que va a salvar a Israel". María y José no lo ignoraban; sin embargo, esperaban que Dios manifestara su voluntad. Dios por el deber conduce a los hombres donde quiere; aquí por medio de Augusto.

En la vida espiritual no esperamos el momento de Dios, nos apresuramos, queremos alcanzar tal grado de oración, imitar a tal santo, y nos olvidamos que Dios conduce las cosas con ciencia y sabiduría infinitas; entreguémonos en manos de Dios. María y José se abandonan en manos de Dios. "Arroja tu pensamiento en el Señor. El te nutrirá". Mi oración como Dios quiere, hoy lo que Dios quiere.

Cumplamos lo que el quiere en el momento presente y quedemos tranquilos. Ellos saben que María lleva en su seno al Hijo de Dios, que ha de nacer en Belén. María no dice nada, José tampoco. Si miraran con nuestro criterio humano, diría María: "José, tan tranquilo". "¿Qué hace María? Calla". José diría: "María, ¿qué te haces ahí? ¿No sabes que el Niño ha de nacer en Belén?". Ellos no dicen nada, Dios lo sabe. "Dominus regit me et nihil me dderit". "Dios me conduce y no me faltará nada". "In loco pascuae ibi me collocavit". "En lugar abundante me colocará".

(28) *Sb.* 18, 14-15.

El santo abandono es la flor de la obediencia, esa entrega total del alma a Dios. Nos inquietamos. ¡Qué los superiores! ¡qué no hacen nada! Y ellos ven tantas otras cosas: que no ha llegado el momento de hablar, de obrar. ¡Qué lección de obediencia nos da el Hijo de Dios!

Llega el momento. César Augusto da el edicto de empadronarse. La voluntad de Dios, ¿quién la manifiesta? Un pagano, un corrompido. Dios obra y se sirve de los hombres, de las circunstancias, de los acontecimientos. Debemos tener una entrega tan grande a los acontecimientos. ¡Qué estamos con el "Frente Popular"! (29). Dios se servirá para el bien nuestro. No podemos cambiar el curso a los acontecimientos, no hay sino entregarse a las manos de Dios. ¡Qué tendremos que ponernos boina vasca, vestido corto, vivir 3 ó 4 años fuera del convento? Dios lo permite, es la voluntad de Dios manifestada...

Los enemigos de Dios manifiestan a veces la voluntad de Dios; son juguetes, instrumentos de sus obras. ¡Abandono pleno al momento presente, nada más! Todo puede suceder. Nuestra alma entregada a la voluntad de Dios. "Dominus regit me". El me conduce. César Augusto habló, ése es el instrumento, se cumple la profecía: el Mesías nacerá donde debía nacer. El no pensaba, en su orgullo, que era el instrumento que manifestaba la voluntad de Dios a María y José, para que el Hijo de Dios naciera en Belén. ¡Qué hermosa es la vida así! Señor, ¿qué quieres de mí? ¿Qué quieres hoy día? Entrega absoluta al momento presente nos enseña Cristo, por la entrega a sus padres.

Dejémonos gobernar por Dios, nada de hacerse proyectos; después nos sentimos desalentados; no rompamos los designios de Dios, no salgamos de su camino. Sumisión a la Divina Providencia debe ser toda la vida religiosa. ¡Qué bonito encontramos lo que dice el Evangelio de los lirios del campo, de las avecitas del cielo! Y nosotros vivimos angustiados, nos intranquilizamos, deja la Providencia de ser un dogma para nuestra vida. Hay, además, Providencia para las comunidades, una Providencia para cada una.

Un autor, Pierre Charles, en "La Priere de tous" dice que la vida es un tejido de telar o de esterilla. Por el revés, se ven los hilos que se confunden en desorden, y por el otro lado aparece hermoso el diseño concebido por el artista. Si miramos los acontecimientos de nuestra vida con la luz de la Providencia, aparece claro el diseño de Dios.

La obediencia es la sumisión plena a la Providencia, como nos lo enseña Cristo Nuestro Señor.

José y María no encuentran alojamiento. "Vino a los suyos y los suyos no lo recibieron" (30). Con nuestro criterio dirían: ¡Qué ininteligencia si pensasen que es el Mesías quien viene a nacer en casa de Uds.! Los hombres juzgan por las apariencias. La obediencia es perfecta en María, sin murmuración. No diría como nosotros: "¡Qué incompreensión!" Si yo estuviera en su lugar..., qué falta de inteligencia. Los labios callados, el corazón tranquilo. No diría José: "¿Te has fijado, María, qué avaros son, que groseros, mal educados?". Nada, silencio interno, silencio externo; sólo ven la voluntad de Dios manifestada y dicen: "¡Fiat!". Deben refugiarse en una gruta de animales. Nosotros diríamos: "¿Es razonable, de parte de Dios,

(29) Nombre del Gobierno izquierdista instaurado en Chile en 1938.

(30) *Jn.* 1, 11.

Señor Omnipotente, mandes a la tierra a tu Hijo y no le des cuatro tablas, un techito donde guarcerse?”.

Así queremos enmendar los planes a Dios. En el fondo decimos lo mismo: Tú me trajiste a la vida religiosa y estas pruebas que me mandas, ¿por qué? No hagamos estas preguntas: ¿Dónde se está mejor? Donde está la Voluntad de Dios, donde hay más gloria para Dios, en cumplir plenamente la voluntad de Dios.

a) *¡Obediencia, misterio del nacimiento de Cristo!*

La obediencia es la gran inmolación de la vida religiosa. Todos los días os inmoláis como el sacerdote, inmolación que se manifiesta en la voluntad de Dios, en la obediencia a la Regla, a los superiores, a las circunstancias adversas y prósperas. Señor, ¿qué quieres que haga en esta circunstancia?

Para que sea nuestra obediencia como la de Cristo, María y José, debe ser obediencia que brota del corazón.

No hay que servir sólo exteriormente. “Señor, yo te he entregado mi corazón, mi voluntad total”, que brota del corazón. El voto de obediencia manda en el fuero externo; si nos contentamos con lo externo, no cumplimos el voto; seremos como un cronómetro que marca muy bien el tiempo; si le falta la obediencia del corazón, no está en el espíritu de obediencia. San Francisco de Sales dice que no bastan los tres votos, si no están animados por el amor, la caridad. La obediencia animada por el amor es la sumisión; la castidad animada por el amor es el pudor, y la pobreza es el desapego de los bienes de la tierra. El que no obra así no tiene la obediencia de José y María. Esta obediencia nace de la conciencia de que Dios es el dueño, que Dios manifiesta su voluntad a través de los medios, circunstancias externas. La obediencia está en la sumisión a la voluntad de Dios, en la entrega de nuestro ser al Señor.

b) *Otra condición, es previsor, sale al encuentro*

No espera se le mande, tiene el alma puesta en lo que el Señor quiere de ella. “Oculi mei semper ad Dominum” (31), “sicut oculi ancillae in manibus dominae suae”, como los ojos de la esclava están puestos en las manos de su señora.

La gran disposición del corazón: Señor, ¿qué quieres que yo haga? ¿Cuáles son tus deseos, tus designios? Sale al encuentro de la voluntad de Dios.

c) *La obediencia de Cristo, de José y María es alegre*

San Pablo dice que “Dios ama al que da con alegría”. Darle el tributo de nuestra obediencia al Señor con alegría. La obediencia triste no es obediencia. Un autor dice: “es generosa, alegre, no a la fuerza, morosa, sino fundada en la convicción verdadera de que Dios es amor. “Todo coopera al

(31) Tr.: “Mis ojos están siempre dirigidos hacia el Señor”: Sl. 24, 15.

bien de los que aman a Dios" (32), dice el Apóstol. "El que observa mis mandamientos, ése es el que me ama" (33).

Lo contrario es oscurecer, si se quiere, nuestra vida. Nuestra obediencia debe ser alegre, risueña, porque Dios lo quiere. Cuando se hace la voluntad de Dios todo es alegre. Cuando hay tristeza es porque la obediencia no ha salido del fondo del corazón. Dios es fuente de alegría.

d) *Es llena de santa libertad*

No es la del forzado, del condenado. Mira a Dios, repite la gran pregunta: Señor, ¿qué quieres que haga? Y la interpreta y la cumple a la medida de sus fuerzas: "en la galera del santo amor no hay forzados, todos son remeros del santo amor". La obediencia de Cristo es llama de santa libertad.

La 2ª lección que nos da el nacimiento de Cristo es *la pobreza*.

Para que Cristo pudiera vencer al mundo, que es espíritu de independencia, espíritu propio, juicio propio, ansia de riquezas, era necesario esta lección. El mundo sólo podrá ser regenerado por los medios que Cristo empleó. La obediencia del corazón, la pobreza, la humillación.

Si nosotros estamos llamados a ser sal de la tierra, luz del mundo, si no irradiamos sumisión, pobreza de Cristo, no esperemos salvarlo. No remediamos nada con llorar a la orilla de los ríos de Babilonia y colgar nuestras cítaras; si no ponemos los medios que Cristo puso, todo es inútil. Lo primero que hace es enseñarnos en José y María sumisión, total, completa. Para ese mundo soberbio sólo habrá salvación cuando haya almas profundamente obedientes.

"Volo quod vis, quomodo vis, quanto vis, tanto vis". Quiero lo que quieres, como lo quieres, cuanto tú lo quieres, tanto tú lo quieres.

Pobreza de Cristo. El mundo lo dijo: "Las aves del cielo tienen su nido y las raposas sus madrigueras, más el Hijo del Hombre no tiene donde reposar su cabeza" (34). Y el Apóstol S. Pablo dice: "Por vosotros se hizo pobre siendo riquísimo, para que de su pobreza nosotros fuéramos ricos" (35). La pobreza voluntaria, completa, no consiste sólo en la renuncia de los bienes. Vosotras vivís en la pobreza, felizmente; no seáis nunca monjas ricas; tened lo suficiente para vivir. (Algunas dicen esto es de la Comunidad y sin embargo se sirven de ello). Aunque sea para el culto, bien pobrecita, bien desmantelada, Jesús sólo quiere el cariño, el afecto de vuestros corazones. Es un desastre cuando los bienes entran en una Comunidad; se pierde el sentido de la gran pobreza.

Me tocó una vez ver unas monjitas que habían hecho un altar de mármol por valor de \$ 140.000. ¡Qué mal gusto! ¡Si es para N. Señor Sacramentado! Y recorriendo la hacienda me tocó ver las rucas de los inquilinos, esos templos de Dios donde viven, verdaderas ratoneras, y hacía 28 años que no tenían meisonas. Puede pasar, pasa. Uds. consérvense así. "Señor, no me des ni riquezas ni miserias".

(32) *Rm.* 8, 28.

(33) *Jn.* 14, 21.

(34) *Lc.* 9, 58.

(35) *2 Co.* 8, 9.

6) Medios para alcanzar la miseria de Cristo

a) Dos cosas; Amar mucho la pobreza, no como cosa negativa, sino eminentemente positiva. Como Francisco de Asís, que ama la pobreza hasta celebrar con ella sus desposorios. Busquemos siempre como asemejarnos a Cristo pobre, como ser más desprendidas, no tener nada. Que no haya nada vuestro, pobreza espiritual, no poder decir esto es mío. Los tesoros de nuestra alma son de Dios, de la Iglesia; lo contrario es buscarse a sí misma. No está en verdad en el espíritu de pobreza quien no se ha ofrendado toda a la causa de Dios; no saber qué grado de virtud alcanzaremos, vivir al día. ¡Qué vida es así tan pacífica, tan tranquila!

b) Amor al pobre. Tal como Cristo Nuestro Señor lo quiere, porque en el pobre vemos a Cristo. Es este un peligro de la vida del claustro: hacernos olvidar las pobrezas materiales y espirituales. Encontramos en el pobre a Cristo:

“Era pobre y me visitasteis, tuve hambre y me disteis de comer, desnudo y me vestisteis, sed y me disteis de beber, venid benditos de mi Padre” (36).

Hemos de tener gran interés por la pobreza espiritual y material de nuestros hermanos. Llenamos de consideración a los que tienen y no las tenemos con los que no tienen.

Cuando se emborracha el pobre lo llaman el borrachón; cuando se emborracha el rico, ¡qué gracioso está el señor! Tenemos distinta medida, decimos “estos rotos alzados”. Debemos pensar que hay hambre, hay miseria y se les quita la esperanza de Dios; es lógico que se rebelen contra la sociedad. Algunas personas creen que porque dan un peso, han cumplido con el deber de la caridad. Nosotros tenemos que amar al pobre, hacerlo amar, renunciar a muchas cosas. Es cierto que el comunismo es una plaga, pero debemos decir “mea culpa” (37); la causa profunda la tenemos nosotros; halagamos las pasiones de los que tienen y de los que no tienen. Se olvida el Evangelio. El Evangelio de Cristo quisiera que yo predicara. (Dicen que el Sr. Obispo es un socialista). Tenemos distintas medidas para medir. Llega una persona de calidad y se hace señas a toda la Comunidad; llega una pobrecita: que la tornera le de un pedazo de pan. No tenemos consideración con la eminente calidad del pobre. Los ricos para entrar al cielo deben hacerse pobres.

c) Pobreza espiritual. Debemos comprender las necesidades de las almas. Puede suceder a veces lo que decía el Obispo Don Gilberto Fuenzalida de una Comunidad: “Las monjitas piensan únicamente en sus cosas: en lo que puede venir”. Es un egoísmo espiritual. Mostremos nuestro amor al pobre con la oración, sacrificándonos; démosle el pan de trigo para el hambre de sus cuerpos y el pan del espíritu, la oración, para sus almas.

Acerquémonos a Belén, pidamos a Cristo nos haga pobres de espíritu, de los bienes materiales y espirituales. Ver al pobre como El quiere, ver en ellos las huellas del Hijo de Dios. Practiquemos el amor a la pobreza que nos acerca a Cristo; amemos nuestra pobreza; tratemos de hacernos sentir el amor a la pobreza en la vida ordinaria, al ponernos el hábito, calzarnos

(36) Mt. 25, 35.

(37) Tr.: “Por mi culpa”.

las alpargatas. Cantadle al Señor por haberos permitido vivir de la pobreza, desposaos con la pobreza como Francisco ("Donna povertá") (38).

Esta pobreza y obediencia nos enseña Belén; vayamos a Cristo Niño, pobre, obediente; pidamos, digámosle que queremos cumplir su voluntad, que nos de las virtudes que son la base del edificio y de toda nuestra santificación.

7) El Oficio Divino

Desde el primer día vimos la necesidad de buscar a Dios por el camino: Cristo, a través de Cristo. Para que esta obra de santificación alcance su plena realización, el Señor nos ha dado entre otros medios, la recitación del Santo Breviario.

Para juzgar una cosa debemos hacerlo poniéndonos en el punto de vista de Dios; no con nuestro criterio propio, sino con la luz de la fe. Veamos lo que el Breviario representa en nuestra vida, con la luz de la fe. ¿Qué nos dice la fe?

1) Dios todo lo ha creado para su gloria. Dios nos ha cedido todo, su Hijo, su amor, su Amor Substancial; una cosa sólo se ha reservado: su gloria a nadie la cede: "Yo soy el Señor y mi gloria no la doy a nadie" (39). Dios quiere, su pensamiento es que toda la creación, animales, plantas, estrellas, canten su gloria; el universo es un poema. "Caeli enarrant gloriam Dei" (40). Quiere ser glorificado por el hombre; el hombre es un poeta que interpreta el himno de la creación, el vocero, la alabanza de lo creado.

El hombre ha sido hecho para la gloria de Dios, su vida no tiene objeto sino en la medida en que glorifica a Dios. La vida eterna es glorificar al Señor.

Un paso más para comprenderlo: las cosas glorifican a Dios de dos modos: o en sí mismas o en la intención del que las ofrece. Por Ej., una hermana tiene que barrer; la obra en sí no es para la gloria de Dios, pero si la ofrece con la intención de glorificar a Dios, es para su gloria. Hay otras que de suyo son para la gloria de Dios, prescindiendo de la intención, como el Oficio Divino. "Opus Dei", lo llama San Benito. "La obra de Dios". Es ante todo alabanza.

El fin de la vida sacerdotal, religiosa, es alabar a Dios; dejamos el mundo para alabarlo, glorificarlo. El Oficio Divino es en nuestras manos el gran instrumento para glorificar, vivir plenamente el fin: glorificar a Dios.

San Bernardo se preguntaba: "Bernardo, ¿a qué has venido?". La misma pregunta podemos hacernos. A dar a Dios la más perfecta gloria. La vida tiene sentido en la medida que demos gloria a Dios. Sentimos la necesidad de darle gloria: "jucunda decoraque laudatio" (41). Es el medio de llenar nuestra vocación, el fin de nuestra misión dentro de la Iglesia. Nuestra vida debe ser un himno al Señor, y el instrumento, el medio mejor de glorificarle es el Oficio Divino.

Si penetráramos su grandeza, sublimidad, en su misma fuente, comprenderíamos mejor su importancia. Subamos en alas de la fe a la vida

(38) Tr.: "Señora pobreza".

(39) *Is.* 42, 8; 48, 11.

(40) Tr.: "Los cielos narran la gloria de Dios": *Sl.* 18, 2.

(41) Tr.: "La hermosa y alegre alabanza": *Sl.* 146, 1.

de la Trinidad "in sinu Patris" (42). El Verbo es en el seno del Padre el himno que brota de la divinidad. El Padre se conoce como perfecto, infinito; pronuncia una Palabra eterna, consubstancial. El Verbo es en el seno del Padre la perfecta alabanza, el himno de la gloria del Padre; y el Verbo es eterno, no tiene mutación; lo que es, ha sido, será. Es la Imagen, la Palabra eterna dentro del Seno infinito de la Trinidad. El Verbo se hizo carne, habitó entre nosotros; no dejó por eso de ser lo que era, siguió siendo lo que era desde el principio. "Lo que era permanece, lo que no era asumió" (43).

Desde la Encarnación el Verbo comunica la Palabra de Dios a la naturaleza humana; la humanidad es asociada a la obra infinita de glorificación del Padre. Cristo es el perfecto religioso.

La virtud de la religión manda dar a Dios el culto que le es debido; es la virtud del cristiano y la primera del religioso; consagra su vida a la adoración, a la alabanza. Cristo es el gran Religioso, la Palabra eterna substancial de la gloria del Padre; hecho hombre sigue unido, sigue siendo el himno perfecto, la alabanza admirable; entona la perfecta alabanza, es el gran Religioso. La oración de Cristo en la tierra es adoración en nombre de toda la humanidad, de toda la creación a la gloria de Dios. En ese santuario invisible ¡qué himnos maravillosos se entonan! ¡Qué serían esas "noctes in oratione Dei" (44) en la montaña!

Siempre en comunicación con Dios, sus ojos fijos en su Padre. Solamente en la Pasión la angustia oprime su corazón de Hijo: "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?" (45). Entonces comprende Cristo a toda la tierra, es el adorador perfecto, el Religioso de Dios; en nombre de sus hermanos tributa a Dios la más perfecta adoración, alabanza.

Un paso más. Cristo no se separa de su místico Cuerpo: la Iglesia. Le ha legado su misión: esa alabanza, esa perfecta adoración, esa oración salida de sus labios la ha transmitido a la Iglesia, la religiosa de Dios. Es la esposa que entona la canción, el himno siempre fresco, le da el poder de orar y de alabar. Cuando recitamos el Oficio Divino, no somos nosotros sino la Iglesia. Como la esposa, es la Iglesia reposando en el pecho del amado, es la esposa dando la perfecta alabanza. Nuestros son los labios, mas la voz es la de la esposa, como el anciano patriarca que tocaba la piel de Esaú y las manos de Jacob. Los labios son nuestros, la voz de la esposa, es Cristo que continúa la eterna, infinita canción, el eterno poema en el seno del Padre a la gloria de Dios. "En unión a la divina intención con que El oraba al Padre Celestial", dice la oración del Oficio al principiar. ¡Si penetráramos cómo estamos unidos a la Iglesia, a Cristo, al Verbo! Sentiríamos la sublime misión que nos ha sido confiada, en tomar el himno santo que resuena en los oídos de Dios.

La Iglesia asocia a todos sus hijos a esta misión, pero a algunos más especialmente: son los embajadores, los representantes de la colectividad; les ha legado su misión de representar. en el Oficio Divino somos los embajadores de la Iglesia de Cristo delante del Señor. Dos personalidades tiene el cristiano: yo pobre miserable, yo miembro de Cristo mandado por la Iglesia. En el Oficio Divino no soy yo, es la Iglesia, es el Cuerpo Místico de Cristo, el embajador que entona el himno tres veces santo que llega hasta el corazón de Dios.

(42) Tr.: "Hasta el seno del Padre": *Jn.* 1, 18.

(43) Fórmula tomada de San León I Magno.

(44) Tr.: "Noches en oración a Dios": Cfr. *Lc.* 6, 12.

(45) *Mt.* 27, 46. Cfr. *Mc.* 15, 34.

Cuando penetramos la fuente profunda, comprendemos la estima que tuvieron los santos por el Oficio Divino. "A la obra de Dios no se le anteponga nada", dice S. Benito. Los siglos últimos, triste es comprobarlo, aunque comenzamos ahora una reacción, se alejaron de la oración oficial de la Iglesia, se perdieron las costumbres populares de participar en los grandes Oficios de la Iglesia.

Y las almas consagradas a rezar este Oficio, ¿cumplimos nuestra misión como es debido? Me temo que no. A veces nos descuidamos, recitamos el Oficio con precipitación (como un religioso que se apuraba mucho para que le quedara tiempo para sus devociones).

Es la obra de Dios, la alabanza de Dios. ¡Si pudiéramos leer lo que dicen los autores admirados de esta alabanza, lo que dice la Iglesia de este Oficio de alabanza! Es increíble su valor.

El Oficio Divino es la voz de la creación, ella es hermosa: las flores, el cielo, las estrellas, el arroyo, pero es alabanza munda. Cada ser cumple su misión: la flor creciendo, la estrella iluminando, pero son mudas, sin voz, sin inteligencia. En la recitación del Oficio Divino pensemos que toda la creación va con nosotros, toda en alabanza del Padre.

"Per Ipsum, et com Ipso, et in Ipso". Por El, unidos con su oración, en la recitación del Oficio Divino va al Padre Omnipotente en la unidad del Espíritu Santo todo honor y toda gloria.

Cuando así nos asociamos al Oficio de Alabanza, toda la creación está presente en nosotros; en nuestras manos están las flores, los árboles; en nosotros está el canto del ave, el murmullo de los arroyos, el bramido de los mares, las estrellas. No es mi persona, no es sólo el Cuerpo Místico, es la creación entera que rinde el tributo de agradecimiento, de alabanza que Dios merece.

Por eso, la recitación inteligente, piadosa, es la mejor escuela de perfección, es el ejercicio de las más altas virtudes: fe, esperanza, amor. Fe en el espíritu invisible, esperanza de poseer los bienes eternos, caridad que nos une a la vida de Dios.

Es el ejercicio de fe, esperanza, caridad. ¿Cómo se ejercita la fe? Recitando los salmos cargados de misterios, plenos de Cristo. La esperanza a través del Reino de Cristo, y la caridad penetrando en el oficio de la eternidad, en el canto de la gloria. Con la alabanza adelantamos, anticipamos en la tierra la gloria eterna. San Agustín dice: "ibi vaccabimus", descansaremos y amaremos, veremos y alabaremos en el fin sin fin. Descanso en la visión, amor en la alabanza. Anticipamos el cielo; es un medio poderoso, infalible, de unión con Dios.

Además, nos da excelentes fórmulas de oración. Somos nosotros incapaces de alabar a Dios Nuestro Señor. Si hacemos de los distintos versículos fórmulas de oración, ¡qué distinta sería nuestra oración!

Si sentimos nuestra alma conturbada: "De profundis clamavi ad Te, Domine. Fiant aures tuae intedentes in vocem deprecationis meae" (46).

La Voz, el clamor del alma arrepentida: "Miserere mei Deus". (47).

Si sentimos el ansia de Dios: "quemadmodum desiderat cervus ad fontes aquarum" (48), "Deus, Deus meus, ad te de luce vigilo" (49).

(46) Tr.: "De lo profundo clamé a Tí, Señor. Que tus oídos estén atentos a la voz de mi clamor": *Sl.* 129 (130), 2.

(47) Tr.: "Oh Dios, ten misericordia de mí": *Sl.* 50.

(48) Tr.: "Como desea el siervo la fuente de las aguas..." *Sl.* 41, 2.

(49) Tr.: "Dios mío, Dios mío, a tí te busco desde la aurora": *Sl.* 62, 2.

Si miramos el sol: "Benedicite omnia opera Domini Domino, frigus, nives, aquae, benedicite Domino" (50).

Así, cuando los salmos van penetrando en nuestra vida, encontramos fórmulas tan bellas, tan sabrosas de oración. Si se abandonan y no se contentan con fórmulas vacías, kilométricas, ¿qué va a quedar? A veces no dicen nada, puros ayes: ¡Ay mi Dios, tórtola mía, paloma mensajera!

Por el contrario, qué distinto si nos acostumbramos a las oraciones de la Iglesia, jugosas, dictadas por el Espíritu Santo, salidas de la Sabiduría increada, Dios. Si se mezcla en nuestra vida, vibran, brotan espontáneas del corazón. "Señor, mi corazón se llena de Tí".

Nos enseña a orar. Hay que dar alimento a nuestra oración mental, para que no sea un tormento, una soñolencia; a veces sacamos poco provecho de este tiempo; es preciso que se alimente de pensamientos: de los pensamientos, las fórmulas, los sentimientos que da el Oficio Divino.

Una antifona, un himno cualquiera, un solo pensamiento ofrece materia para que el alma se sumerja en sublime contemplación.

Si aprovechamos de hacer nuestra oración mental al unísono con la oración oficial litúrgica, ¡qué almas de oración seríamos! ¡Qué grande obra sería si pudiéramos instruirnos en la escritura religiosa, en el conocimiento de los Santos Padres!

Debemos poner al unísono nuestra oración: que la oración mental prepare la vocal y ésta, a su vez, la mental. Algunas personas creen que existe un conflicto, creen que ambas son enemigas. Es todo una misma cosa, existe verdadera armonía. Así nuestra existencia será "jucunda decoraque laudatio" (51).

¡Qué bello es el Oficio Divino, qué fórmulas tan ricas! cuando se prepara el rezo devoto, sentido. Nos ofrece ocasión de practicar muchas virtudes, especialmente, como dijimos, las teologales, de religión, de adorar; dar a Dios el culto en espíritu y en verdad como El quiere. Nos enseña el respeto, se aprende, no cohibe, no limita.

El Oficio Divino en sus atrevimientos llega hasta Dios: ya son gritos del alma, como la tempestad de los cedros del Líbano, o suave como el susurro de la brisa. ¡Qué respeto! Lleva sobre todo al olvido de nosotros mismos. La oración es, a veces, mirarnos, colocarnos ante el espejo, si vamos creciendo, disminuyendo, la búsqueda del yo, no de Dios; buscarme yo, la nada, no la gloria de Dios.

El Oficio Divino, la alabanza de Dios, es tan agradable al Señor. El nos asimila a Cristo, nos lleva a contemplar el misterio de Cristo con fe y amor. Nuestros sentimientos son iguales a los sentimientos del corazón de Cristo al rezar cualquier salmo: "Venite, exultemus Domino" (52). En ese instante son los sentimientos del corazón de Cristo, el Religioso del Padre, en alabanza en la tierra.

¡Cómo se reza cuando se piensa con los sentimientos de Cristo! Llevamos a Cristo a nuestro propio corazón. San Pablo dice: "Hoc enim sentite in vobis quod et in Christo Jesu" (53); esto es lo que debemos ser. Nuestra alma asimilada a Cristo, lo que siente Cristo. ¡Qué distinto es cuando nos compenetramos de los sentimientos de Cristo a través del Oficio Di-

(50) Tr.: "Todas las obras del Señor bendecid al Señor; hielos, nieves, aguas, bendecid al Señor": *Dn.* 3, 57.

(51) Tr.: "Hermosa y alegre alabanza": *Sl.* 146, 1.

(52) Tr.: "Venid, alabemos al Señor": *Sl.* 94, 1 (95).

(53) Tr.: "Tened en vuestro interior los mismos sentimientos que Cristo Jesús": *Fl.* 2, 5

vino! De otro modo, dejamos divagar nuestra imaginación o el sentimentalismo (Jesús, estás tiritando..., tienes frío: sentimentalismos que desfiguran la piedad).

¡Qué abismo de arrepentimiento es el corazón inocente de Cristo: en nombre de la humanidad penitente expresa el "miserere Mei Deus"! (54).

La íntima tragedia de Cristo, su alma lacerada en el salmo "Deus meus, quare me dereliquisti" (55). Según el sentir de los exégetas no dijo sólo esas palabras, sino todo el salmo, ese era el sentimiento del corazón de Cristo.

Si queréis sentimientos de amistad, penetrad los himnos en los cuales la Iglesia ha tejido un poema de amor a Dios Nuestro Señor. Entremos al Oficio Divino con los íntimos sentimientos del corazón de Dios.

Para ello se requiere disposiciones: una preparación inmediata. (Yo no conozco vuestras Constituciones, pero Santa Teresa, que fue tan amante de la Liturgia, os habrá indicado cómo debéis prepararos). Ante todo, un rato de recogimiento, de silencio. Avivad vuestra fe, esperanza y caridad: fe que somos embajadores, que estamos unidos a Cristo, a la Iglesia; es la esposa rescatada en pecho de su amado; imaginaos que sentís la voz de Cristo, la voz de la creación, que entona un himno de amor. Esperanza, que nos descubre destellos del cielo, claridades eternas, luces de la gloria. Amor; "el cantar es propio del que ama", dice San Agustín. El Oficio Divino es un canto, canto de amor.

Unámonos a la Iglesia. No olvidéis que estáis haciendo la obra apostólica por excelencia para la conquista de las almas. San Francisco de Sales recomienda una práctica: tener para cada hora una intención, una persona, un alma. ¡Veréis cómo se aviva vuestro entusiasmo!

Mi Breviario es mi gozo. Tratad que lo sea, recitándolo con amor, con devoción, como lo quiere la Iglesia. ¡Ninguna obra más digna, más santa, más provechosa! Tened siempre presente la gloria que dais a Dios, que estáis amando, recitando las plegarias que El mismo compuso y de este modo os ayuden en el camino de identificación con Cristo.

8) *La Huída a Egipto*

Continuando la contemplación de los misterios principales de la vida de Cristo, para sacar ejemplos de vida para nosotros y entrar en la conformación con el espíritu de Jesús meditemos sobre la huída a Egipto.

Está lleno de enseñanzas, de luz, de vida. La narración evangélica es corta, sencilla. Después de la adoración de los Magos Herodes busca al Niño. Da orden de exterminar a todos los niños menores de dos años. Antes que la orden se cumpla un ángel se aparece en sueños a José y le dice: "Levántate, toma al Niño y a su Madre y huye a Egipto y permanece allí hasta que yo te avise porque Herodes busca al Niño para matarle" (56).

José y María sin reflexionar, ni dilatar un instante, inmediatamente que oyen la palabra del ángel, salen en dirección a Egipto y allí permanecen sin preguntar cuándo han de volver, hasta que un ángel les avisa su vuelta.

(54) Tr.: "Oh Dios, ten misericordia de mí": *Sl.* 50.

(55) Tr.: "Dios mío, ¿por qué me has abandonado?": *Sl.* Cf. *Mt.* 46.

(56) *Mt.* 2, 13.

En esta escena que hemos contemplado, encontramos lo esencial de la perfección: la conformidad con la Voluntad de Dios, absoluta, total, en la Providencia del Señor:

a) *Prontitud en el abandono de María y José*

Fue pronto, generoso; a media noche resuena la voz del ángel y ellos no piensan en las dificultades inmensas; es de noche, los caminos peligrosos, llenos de salteadores, reflexiones verdaderas según la prudencia humana, que es necesario llevar ropa, pan. Es la voz de Dios oída, su abandono es pronto, generoso. La obediencia es pronta, generosa, no pregunta ¿por qué? ni ¿cómo? Es voluntaria, llena de alegría. Una vez conocida la voluntad de Dios, somete su razón, quieta, sin excusas.

Vimos que para buscar a Dios quiere El que seamos almas dóciles, blanda arcilla que se deje modelar, pelusita de cardo; donde quiera el Espíritu conducirnos, vayamos. Es un error creer que somos artífices de nuestra santificación. "Yo me santifico". Conjugamos todo el verbo santificar. Tú no te santificas ni te santificarás; Dios es el solo Santo, el único que puede comunicar santidad. "Yo me santifico, yo subo los peldaños". Es Dios el que hace subir, ascender; somos santos en la medida en que correspondemos, cooperamos a su acción.

Debemos dejarnos conducir por Dios a la santidad; si no nos dejamos, no seremos santos. Si la arcilla está dura, reseca, poco plasmable, no puede al artista imprimir la imagen que quiere; si el cardo no quisiera dejarse guiar por el viento, quisiera tomar otro sentido, contra el viento, no podría avanzar. Si no tenemos absoluta entrega, abandono total a la voluntad de Dios, no hacemos nuestra entera donación en manos de la Providencia, no nos dejamos santificar. Entrega generosa, como la de María y José; pronta, no decirle: "Señor, mañana".

Dios llama con paciencia al alma, con voces suaves, insistentes. "Dame, hija, tu corazón", todas sus fibras, totalmente, no partículas, entero... ¡Pero Señor! No nos entregamos.

La actitud más bella que registra la Historia es la de Saulo en el camino de Damasco. Respirando amenaza, odio, muerte, contra los cristianos, es tocado de la gracia, Dios le derriba en tierra. Oye una voz que le dice: "Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?" — "Señor, ¿qué quieres que haga?", responde. Una vez conocida la voluntad de Dios, el corazón del Apóstol, alma generosa, se entrega con prontitud, al instante. Así debemos ser nosotros, hasta en los más íntimos detalles; debemos decir: "aquí estoy, Señor, ¿qué quieres que haga?". Si quieres que pase por el hierro, por el fuego, aquí me tienes. Como en el ejército, si se da una orden a un aspirante; "a la orden mi Capitán" contesta, llevándose la mano a la visera. Cuádrense delante del Señor, como el aspirante, la mano en la visera, media vuelta, a la orden. Actitud bella, generosa, inmediatamente... "Señor, si Tú pides esto, ni mañana, ni pasado mañana. Hoy, en este mismo instante". "Hodie, si vecem eius audieritis, nolite obdurare corda vestra" (56-a).

(56-a) Tr.: "Hoy, si oyereis su voz, no endurezcáis vuestros corazones". *Sl.* 94, 8.

b) *Voluntaria*

Cumple con alegría desde que la voluntad de beneplácito de Dios es conocida: "Señor: esto pides, esto hago". Como Job: "El Señor me lo dio, el Señor me lo quitó, ¡bendito sea su santo nombre! (57). ¡Cuánto agrada al Señor la alegría del que da! Voluntaria. Sí, Señor, si postrada por la enfermedad, sufrimientos interiores, ya que me mandes otra cosa, lo que quieres. Esto es lo que más glorifica al Señor: llena de alegría. Como una jovencita que tenía un tumor al cerebro y estaba ciega, manos y pies tullidos, convertida en una estatua. Nunca se le oyó una queja, siempre con la sonrisa, alegre por cumplir la voluntad del Señor. No estaba resignada, sino conforme.

c) *Ciega*

A menudo se cae en el peligro del naturalismo, del racionalismo práctico, hacemos intervenir las razones del buen sentido. La prudencia humana hace barbaridades en la vida espiritual. Cristo lo dice en el Evangelio... Hay que pensar, tomar experiencia. Hay una prudencia sobrenatural que es una virtud cardinal. La prudencia según la carne no debe intervenir en la vida espiritual. Según Dios, sí; según la carne, no. Señor quieres eso, eso se hace. Debemos dar a su llamado una respuesta inmediata. Si al soldado se le manda a media noche ir al campo de batalla y empieza a preguntar ¿dónde voy, que los enemigos son muchos?, lo fusilan. Así es la disciplina militar.

En la vida espiritual hay también una disciplina, como la de Cristo Nuestro Señor. Se que Tú cres Sabiduría, Bondad, tienes un corazón de Padre, nos guías con cariño, con Sabiduría infinita; es la entrega total, el abandono.

El abandono es más que la confianza. El Santo Padre, al hacer el discurso para la canonización de Santa Teresita, señaló como lo mejor para caracterizar su espíritu, la humildad, la confianza, el abandono. La humildad hace sentir su pequeñez, lleva a la confianza y cuando la confianza crece en el alma, lleva al abandono. La confianza es bella, hermosísima; el abandono es más. Con la confianza espero socorro, con el abandono me entrego en brazos del Señor para que me lleve donde quiera. Yo con la confianza pido tu ayuda, seguro de que vendrás; con el abandono, digo: "Señor, aquí estoy; Señor, me arrojo en tus brazos". Es la expresión de las tres virtudes: de fe, esperanza y amor en el más alto grado; la fortaleza, la prudencia, afirmamos la justicia de Dios. Practicamos todas las virtudes; por eso es la base de la vida espiritual. "Dejando mi cuidado entre las azucenas olvidado". Es la entrega, el abandono; el alma que busca al amado, reclinada en brazos del amado. Toda la espiritualidad Teresiana y Carmelitana está en el abandono.

Este abandono debe ser práctico, deírselo en verso y en prosa; no como un joven que en un día de fervor pedía al Señor cruces, sufrimientos, clavos, y cuando el Señor se los mandó dijo: "Acuérdate, Señor, que te lo pedía en verso". Al Señor, al Amado, al esposo debemos decírselo no en verso, sino en la prosa de la vida cotidiana.

(57) *Jb.* 1, 21.

Glorificamos al Señor por el abandono: su Poder, Bondad, Providencia; no hay nada que toque más el corazón de Dios. En el orden humano, si uno viene a pedirme consejo: "Señor, qué opina", siento una sensación de confianza. Se agradece. Pero si uno dice: "Señor quiero de rumbo a mi vida; lo que diga eso hago; si me indica la vida eremítica, misiones, etc... no puede menos de despertar la gratitud. Eso lo experimenta el corazón de Dios.

Quien se abandona, glorifica a Dios. Sabe lo que es Dios. San Pablo repetía mucho; "Se a quien me he entregado". A un Dios Sabiduría, Providencia, Omnipotencia, Fidelidad. Su Providencia no falla, su Sabiduría es eterna. "Se a quien me he confiado".

Al llegar a este punto hagamos un examen de conciencia: ¿Cómo hemos practicado el abandono en nuestra vida? Hemos contado con la prudencia de la carne, los medios humanos y no la Providencia de Dios. ¡Nos ha faltado el espíritu de fe, hemos obrado con espíritu natural!

La característica del abandono de María es la universalidad.

De alma, cuerpo, lugar, cosas, personas, patria, amigos; es invierno, falta todo, no tienen a nadie. Debemos tener como ellos un solo pensamiento: conocer la voluntad de Dios y una vez conocida entregarnos plenamente.

Universalidad: totalmente, no deja nada de nuestro corazón. La vida espiritual es a veces como un niño a quien la mamá para formarlo en la generosidad una vez le dijo: "hijito, viene la Pascua; todos tus juguetes dáselos a los niños pobres". "Mamá, se los doy todos", contesta al momento. Ninguna cosa le importó nada, pero luego se puso triste. "Pero el oso de goma". Le tenía cariño; todo, menos eso. Todos tenemos nuestro osito de goma. "Señor, todo: familia, libertad, bienes de la tierra, pero, "déjame el osito de goma". Y ese osito es una tontería, así como una adhesión a una pequeña cosa que impide la unión con Dios.

Nuestro Padre San Juan de la Cruz dice: "Un águila tiene fuerza para volar hasta las nubes, pero si tiene una cuerdecita atada a una pata, cae al suelo". ¿Por qué no vuela? Una cuerdecita lo amarra a la tierra. Cualquier adhesión es el osito de goma, nos quedamos con eso. Por eso el Señor no llena completamente nuestra alma.

Magdalena, rompiendo el vaso de alabastro, lo derramó totalmente; es el gesto del don total... La prudencia humana diría: es pasoso, basta unas gotitas, hay que ponerlo con gotario, no lo gastes todo, eso te durará. ¿No es cierto que la prudencia de la carne está representada en Judas? Magdalena rompe el vaso totalmente, no sabe de mezquindad.

Una emoción grande tuve en 1922, en el Congreso Eucarístico de Santiago. Tenía la dicha, la suerte de ir junto al Santísimo, tirando del carro de planta que lo conducía —entonces era sólo un joven católico—. Y me tocó ver una escena: se adelantó una mujer humilde, tiró al suelo y rompió un rico frasco de esencia.

Ese abandono en la Providencia es abandono total. No vayamos a hacer el disparate: dejarlo todo y después en la vida de claustro, por el oso de goma, perderlo todo. Por adherirnos a una creaturita impedimos así nuestro ascenso a Dios.

San Francisco de Sales, para enseñar a sus hijos a deshacerse de los gustos espirituales, prescribe hasta cambiar los objetos de piedad que tienen. "Mi Cristo que me ha acompañado toda mi vida, ni mi rosario, ni mi virgen". Desapego total, completo.

¿Cómo debe ser en la práctica? De cuerpo y alma. San Mateo dice:

“No queráis ser solícitos de las cosas que habéis menester... Vuestro Padre Celestial sabe lo que necesitáis, buscad primero el Reino de Dios y su justicia y todo lo demás se os dará por añadidura” (58).

Esa ha de ser nuestra actitud en las cosas del cuerpo: ante todo el Reino de Dios; hagamos lo que se debe, cuidando de la salud como Dios quiere, y abandono total.

Respecto al alma, muchos se conturban; no piensan que las pruebas interiores, turbaciones, fastidios, aburrimientos, tentaciones, todo entra en el plan de Dios. Creen que la vida espiritual es un hogar en aguas tranquilas. (Los libros que la pintan así deberían ser quemados por la Inquisición)... Bajo un cielo azul, bogar bajo la palabra “amor”. No es un estanque de aguas; es lucha constante, tentaciones; el enemigo no duerme.

El Padre Rodríguez dice que un religioso vio en un convento mil demonios para tentar a los religiosos. En las tentaciones, ¿turbarnos? No, ellas entran en el camino de la santificación; cada tentación vencida es un nuevo mérito. Es el acto más puro de amor que ofrecer al Señor, con dolor, con dificultad; es decirle: “Señor, entre este halago y tu amor prefiero tu amor”. “Porque eras acepto a Dios era necesario que la tentación te probase”, dice el Libro de Tobías.

No queráis quitar las tentaciones; démosle gracias a Dios porque nos da ocasión de probarle que realmente lo amamos. ¿Quién dijo que la vida interior era sin pruebas interiores? Son elementos de nuestra santificación. ¿No sabe lo que es la noche del espíritu? Noche es sentir fastidio, tentaciones, etc. Entran en el plan de Dios. “Militia est vita hominis super terram” (59). Nadie se escapa, ésta es la vida. Y en la vida contemplativa hay más pruebas interiores que en la vida activa. Hay una compensación.

La actitud ante las pruebas es el abandono universal. Señor, así me quieres, así me quedo.

La “Imitación de Cristo” dice:

“Señor, si me quieres en tinieblas, seas bendito; en luz, seas bendito; hágase de mí, en mí, por mí, respecto de mí, tu altísima, justísima voluntad en todas las cosas”.

Gran acto de oblación es el abandono. San Ignacio hacía este acto: “Tomad y recibid, Señor, mi libertad, memoria, entendimiento y voluntad”, etc.

Esto es lo que el Señor nos pide; es la disposición que tocará al corazón de Dios y nos hará los predilectos de su Providencia. Abandonaos plenamente en cuerpo y alma. ¿Me quieres en tinieblas, Señor? ¿Quieres que venga la enfermedad, la vejez, achaques? Alabados sean mis achaques. (Que yo por trabajar en tu servicio llegue “chocho”, así lo quiero, Señor). Soy un instrumento de tu gloria y de las almas; mi voluntad plena, total, sin restricción, limitación, tomad, Señor, y recibidla.

Esta misma confianza y abandono hemos de tener en las circunstancias exteriores: abandonarnos en todo, absolutamente todo.

Dicen que las Monjitas Carmelitas están muy alarmadas porque se van a llevar al Sr. Obispo (aunque no hay nada, no es que quiera hacerles el ánimo). Yo estoy muy contento donde el Señor me quiere. ¡Qué terrible

(58) *Mt.* 6, 31.

(59) Tr.: “La vida del hombre en la tierra es una milicia”: *Jb.* 7, 1.

otro Obispo! ¿Será peor o mejor? Será como Dios quiera. En los cambios exteriores entregarnos sencillamente, totalmente a la voluntad de Dios. Esta actitud nos hará felices.

Si son sus designios, suframos persecuciones de los hombres; entreguémonos a El. Dios lo regula todo, dispone todo para nuestro bien; los hombres son los ejecutores de los designios que El tiene para su gloria. Su Sabiduría alcanza hasta el fin, logra el fin, suavemente. La acción de Dios es suave; los caminos de la Providencia llevan la vida hasta el fin que Dios quiere.

Si por la meditación miro hacia atrás mi vida, cuántas cosas comprendo que antes no veía. ¿Por qué fue aquello? Porque Dios lo quiso. ¡Qué fuente profunda de meditación es la Providencia de Dios! Ante ella no cabe otra cosa que el abandono, entrega ciega, sin reserva, pronta, en la voluntad de Dios.

Por último, en esta escena de María y José vemos la fuente de gozo, de consuelo, que ellos tenían: Jesús, la presencia de Jesús. Estando Jesús, está todo. Con Jesús es la vida, dice la "Imitación", dulce paraíso; sin Jesús, un infierno. En medio de los dolores, tentaciones que tienen que venir, que entran en la voluntad de la Providencia, ya que ella todo lo dispone: "ni un cabello caerá de vuestra cabeza sin su voluntad". Tratemos en esas alternativas de la vida exterior e interior, de tener una íntima unión con Jesús. El será nuestra alegría, nuestro consuelo.

Para terminar, hagamos un acto de abandono de todo: sacrificios, voluntad, deseos, gustos, satisfacciones: no otra cosa que el cumplimiento en mí de tu adorable voluntad. "Fiat voluntas tua" (60). Cúmplanse los caminos, Señor. Este abandono tocará el corazón de Dios, que no podrá menos de estrecharnos contra su corazón.

9) *Vida oculta de Jesús.*

Vamos, siguiendo el plan, a contemplar la vida oculta de Cristo en Nazaret. Antes de entrar en esta vida de oscuridad, de silencio, de la cual los Evangelios tan pocas palabras nos dicen, me pregunto: ¿Qué ha quedado con esto Cristo? ¿por qué de 33 años ha querido pasar 30 ocultos en Nazaret? Aquí no aparece su vida delante de los hombres como lo hará después, ni se ven sus milagros y predicaciones. Acude a nuestro espíritu esta pregunta: ¿por qué? Entre muchas razones ésta: porque Cristo quiso santificar todas las acciones de la vida diaria. Quiso santificar aquí la vida no por gestos heroicos, sino por las virtudes pequeñas, sencillas, de la vida cotidiana, bajo la serena mirada de Dios Nuestro Señor.

Con frecuencia se exaltan los hechos heroicos, pero no constituyen la trama. Hay almas que se fijan solamente en las cosas extraordinarias, se sienten llamadas a las alturas; nada aparece aquí en la vida de Cristo. Algunas porque en la oración tienen luces extraordinarias, hacen grandes penitencias, creen que en esto está la santidad, más que en la vida ordinaria, en las pequeñas virtudes, en que se cumple la voluntad de Dios en nosotros, en que nuestro corazón entra en la voluntad de Dios. San Agustín dice: "Las cosas pequeñas son pequeñas, ser fiel en las cosas pequeñas es gran cosa".

(60) Tr.: "Que se haga tu voluntad". Mt. 26, 42

Contemplemos el cumplimiento de Cristo de estas pequeñas virtudes, caridad, humildad, prudencia, etc. son virtudes robustas; hay otra serie como la benignidad, afabilidad, dulzura, obediencia, que son un conjunto de pequeñas virtudes que influyen mucho en la vida, son como la eflorescencia de las virtudes fundamentales.

Transportémonos a la escena de Nazaret. Es una casa de gran paz. La paz es la tranquilidad en el orden, paz inmensa brota en nosotros. Paz en que cada uno hace lo que debe hacer, nadie sale del deber señalado, no se mezcla en deber de los otros. María no diría: "José, estás cepillando esas tablas de raulí, ¿no sabes que son más caras?"; "¡No tan fuerte, que me duele la cabeza!". Cada uno tranquilo en sus tareas cotidianas. José no diría: "María, apúrate, que tengo hambre".

Estas menudencias entraban en la vida de Nazaret; allí hay afabilidad, sonrisa, trato suave. Las tradiciones de Palestina dicen que los niños de Nazaret decían: "Vayamos a Aquél que es la suavidad, pero al mismo tiempo firmeza, entrega".

Esta vida ordinaria es el gran camino; querer salir del camino carretero, por sendas hermosas pero peligrosas, es la causa del derrumbe de las almas, de las instituciones. Id por el camino real, trillado, del deber cotidiano, no por las revelaciones, no vayáis a sentir os llamados por Dios, no queráis salir del deber cotidiano. Cuando las revelaciones existen, hay mucho que meditar. Por eso, buscad la vida ordinaria, no los halagos de la vida espiritual, las luces, los consuelos. ¡Dios me libre de las revelaciones! Bien lo enseña nuestra Santa Madre. ¡Dios de amor me libre cuando empiezan las revelaciones en los conventos! ¡Pobres Obispos! No nos dice el Evangelio que Jesús (María y José) se levantaba del suelo, ni se llenaba de luz. Lo más hermoso del Evangelio sobre Nazaret es que no dice nada. ¡Silencio magnífico!

Sometido, trabajaba, progresaba en Sabiduría, edad y gracia. Si me vienen a contar detalles de la vida de Nazaret no los creeré.

Un amigo muy devoto de la venerable Madre Agueda venía con su libro. ¡Tenía que hacer acto de fe, esperanza, caridad, paciencia!... Eso es tener poco espíritu sobrenatural. ¡Qué la Virgen hacía un cuarto de hora de oración en cruz! ¡nada más bello que el silencio de María! No se cómo comulgaba ni qué sería la aparición de Jesús después de la Resurrección, pero me basta conocer su corazón para comprender su placidez de esa mañana de la Resurrección, los transportes de sus comuniones.

Los Evangelios apócrifos dicen que Jesús hacía palomitas de barro y las echaba a volar, cruces y se acostaba en ellas. Mucho más bello es el silencio del Evangelio. Cristo me enseña a santificar la vida diaria, coser, barrer, alternar con el prójimo que es a veces impertinente, desagradable, mal educado, así es la vida.

Cuando San José le diría: "anda a cepillar", no diría Jesús: "la madera está nudosa, verde". ¡Esas menudencias de la vida! ¡qué las papas son de mala calidad! Tanta cosita...

Cristo las vivió serenamente, tranquilamente, humanamente. Es tener un concepto equivocado el creer que ser espiritual, es dejar de ser humano, morir a la vida humana; la gracia no destruye, perfecciona la naturaleza. Tenemos mucho bueno y ella lo corrige y encauza. Eso nos enseña Cristo: alternar con el hombre, el trabajo, la sumisión, todas esas pequeñeces, buscar agua de la fuente, toda esa categoría de pequeñas virtudes que santifican nuestra vida. Aquí veo todo lo que ha de ser la vida cristiana.

La 1ª lección que nos da Nazaret es la sobrenaturalización de lo natural; ésta es la gran fórmula. Santa Teresa, nada más humana, por eso es tan grande su atracción, llega hasta las cumbres del espíritu pero al mismo tiempo es tan humana.

Cuenta —“si no vero bene trovato”— (61) que una vez estaba comiéndose una perdiz y una religiosa dijo: ¡Miren la penitente! Y ella le respondió al momento: “Madre, cuando perdiz, perdiz y cuanto penitencia, penitencia”.

Esto nos enseña Cristo, a santificar la vida humana. Debemos dar gracias a Dios porque nos lleva por el camino bien ordinario. ¡Qué no vengan las cosas sobrenaturales!

Se podrían escribir libros de las cosas que pasan. Con unas monjitas a quienes se les había prohibido tener el Santísimo en la casa y la Madre Superiora descubrió que poniendo las hostias debajo del mantel quedaban consagradas y así lo hizo. Por supuesto que no quedaban consagradas y las sacaba en procesión y donde ella pasaba las monjas le hacían genuflexión.

Una estigmatizada que tenía los cinco estigmas de la Pasión, recibía gracias extraordinarias, profetizaba y a su muerte se le encontraron los pomos de pintura debajo de la cama.

Dadle gracias a Dios y pedidle que os lleve siempre por el camino de Nazaret, sobrenaturalizar lo natural, como decía San Pablo: “Ya sea que comáis, ora bebáis, hagáis cualquier otra cosa, hacedlo todo a mayor gloria de Dios” (62).

Esta es la gran virtud: sobrenaturalizar el comer, sobrenaturalizar el reir, el descansar, el orar; sobrenaturalizarlo todo; así se simplifica toda la vida cristiana, no hay más que seguir lo que nos enseña Cristo Nuestro Señor.

¿Qué otro ejemplo nos da Cristo Nuestro Señor?

Ejemplo de *sumisión*. “Et erat subditus illis” (63). ¿Quién a quién? Cristo a María y José. Jerarquía de mérito: Cristo, María y José. Jerarquía de la autoridad: José, María, Jesús. ¿Quién manda, quién obedece? Jerarquía invertida. En la jerarquía de la autoridad no se mira el mérito, sino la sombra de la autoridad. Jesús ve en María la sombra del Padre, Jesús ve en José y María la autoridad de su Padre Celestial. No diría Jesús a María y José: “Yo soy el Verbo hecho carne” “Tú la plena de gracia al lado mío”. “Tú, el varón justo, ¿qué eres al lado mío?”. No, les estaba sometido en todo. El ha venido a hablarnos de la sumisión profunda del corazón, del espíritu.

Estamos en un siglo de revuelta, hoy es más que nunca necesaria, se desconoce el principio de autoridad y esto se filtra en la misma Iglesia de Dios. Debemos acentuar el “et erat subditus illis”.

Con razón San Bernardo decía: “Avergüenzate, el corazón de Dios se humilla y tú te exaltas”. Servir a Dios es reinar. Mientras más nos humillamos más cerca estamos de Cristo.

2ª lección: *progreso en la virtud*.

“Y progresaba en Sabiduría, edad y gracia delante de Dios y de los hombres”. Este progreso era meramente exterior, interiormente no podía haberlo.

(61) Tr.: “Si no es verdadero es, en todo caso, un acierto.

(62) I Co. 10, 31. Cfr. Col. 3, 17.

(63) Tr.: “Y les estaba sujeto”, Lc. 2, 51.

Exteriormente, progresaba en Sabiduría, edad y gracia.

Sabiduría es el progreso en las ciencias divinas y humanas; progreso de la gracia es el progreso del corazón. ¡Brillaba la abnegación! ¡Cómo es necesario que alimentemos esta sed de perfección, que tengamos hambre de las cumbres; no decir nunca basta, caminar siempre; el progreso es infinito en la subida del alma a Dios. Tenemos la mediocridad, la rutina; la mediocridad enmohece las almas como el acero apagado se cubre de moho, así pasa con las almas. Las almas santas tienen grandes ambiciones, alas de águila, nunca dicen basta.

Longfellow, en su poesía "Excelsior", pinta a un joven que escala una montaña; cae rendido de fatiga, pero una voz siempre le dice: "más arriba, más arriba" y sigue ascendiendo, hasta que al final cae muerto teniendo una bandera y siempre la voz dice: "más arriba". Esto es símbolo del alma y del corazón que tiene sed de altura. Y si esto dice un poeta profano, con mayor razón en el camino de la vida espiritual, no detenerse jamás en la ascensión; nunca decir basta, el alma no se llena jamás.

"Señor, nos hiciste para Tí y nuestro corazón no está tranquilo hasta que no descanse en Tí" (64) decía San Agustín.

Seguir siempre buscando; lo peor es la mediocridad, la tibieza; sabéis como la trata Dios: "Porque no eres frío ni caliente empezaré a vomitarte de mi boca" (65).

Puede pasar en la vida espiritual, en las almas que se consagran a Dios, venir a ser "un burgués" en el Convento. Un burgués lleva una vida tranquila, no hace mal a nadie, rechoncho, lleva cadena gruesa, fuma un puro, lee el diario, echa sus pelambres, no ofende a nadie; es un burgués sin inquietud, su alma no vibra ante los problemas de su tiempo.

Esto pasa en el campo de la vida espiritual. Se acostumbran a las cosas: la Misa, el Breviario, las prácticas de piedad, las penitencias caen en la rutina; son una máquina que cumple bien la oración, la Regla; puede pasar.

Para que no suceda, debemos alimentarnos de santas inquietudes, ambiciones, deseos, hambre de Dios; debemos tener la boca ansiosa, hambre, siempre adelante; que nunca podamos decir: llegamos al término, nunca tengamos descanso, nuestra alma es peregrina. "No me elegisteis vosotros a mí, sino que yo os elegí, para que caminéis" (66), dijo Jesús a sus Apóstoles. Siempre subiendo, siempre buscando la elevación, sin inquietud, en la paz del alma.

Esta lección nos da el conocimiento hondo de la vida de Nazaret, cómo los sentimientos de nuestro corazón han de identificarse a los de Cristo, formando la vida de Cristo en nuestras almas, que no haya una fibra que no esté penetrada por Jesús.

Si algunas moléculas de la hostia no quisieran ser transformadas, sería un imposible, un absurdo; lo mismo el vino, si no estuviera totalmente penetrado de Cristo. Tengamos ansia, inquietud, anhelo de Dios y de las almas. Dios se da a los que lo buscan: "al sediento le daré agua de vida". Daniel fue oído por Dios porque era "varón de deseos" (67). Nunca lleguemos al término de la vida espiritual. "Faciem tuam, Domine, requiram" (68).

(64) *Confesiones*, 1, 1.

(65) *Ap.* 3, 15-16.

(66) *Jn.* 16, 16.

(67) *Dn.* 9, 23.

(68) Tr.: "Buscaré tu rostro, Señor", *Sl.* 26, 8 (27).

3º: Cristo nos enseña la *dignificación del trabajo*.

La vida de oscuridad cuesta. Cristo ama ser desconocido, ser tenido por nada. ¡Qué más vida de oscuridad que las carmelitas! ¡Se tapan la cara! ¡Qué mayor oscuridad! Hay aún mayor oscuridad en el medio en que toca vivir: desaparecer, vida de silencio. "Felices los pueblos que no tienen historia", decía un autor; se siente en el Convento una fragancia celestial, no se sabe de dónde viene, es un alma escondida a sus propias hermanas. La vida de Cristo en Nazaret es un misterio impenetrable, sólo cuatro frases dice el Evangelio. Debemos ser como dice San Pablo: "Mi vida está escondida con Cristo en Dios" (69). Esto es lo que Cristo nos enseña: oscuridad, silencio.

4º Otra lección es la *vida de hogar*. Debemos imaginarlo tal como sería: simpático, inteligente, creciendo, qué docilidad, cariño, sonreiría, presuroso, alegre, echaría los brazos al cuello de su madre. ¡Qué vida de hogar llena de interior dulzura! Vosotros también tenéis un hogar en el Carmelo, debéis hacer vida de hogar, en que se reproduzca la virtud de Nazaret. La vida de hoy, "el papi", "la mami", un beso y cada uno hace lo que quiere. En el hogar cristiano reina el sentimiento del deber, hay un lazo íntimo de calor. Casa donde se vive fuego con llamas, brasitas al rescoldo: estas dos ideas evoca la palabra hogar; casa, fuego, calor interior del espíritu.

Hogar, mi dulce hogar.

Así podía también repetir la Carmelita. Que el Carmelo sea vuestro hogar, que se reproduzca en medio de vosotras el hogar de Nazaret. Vida de silencio, de oscuridad. ¡Cuántas cosas enseña la vida de Nazaret! Ella nos marca nuestra senda; penetremos, sumerjamos nuestro espíritu en ese silencio, esa oscuridad. En ese silencio oiremos palabras indecibles, en esa oscuridad hallaremos luces que nos muestran el verdadero sendero.

10) *La humildad*

Antes de pasar a contemplar los grandes misterios de la vida de Cristo, conviene que en esta plática o meditación (nunca he podido aprender la diferencia que hay entre plática y meditación) hagamos un breve resumen de lo que constituye la característica del espíritu de Jesús. Hasta aquí hemos visto los misterios infinitos, su vida oculta. ¿Qué cosa caracteriza su espíritu? La humildad. "Discite a me quia mitis sum et humilis corde" (70). Aprended de mí que soy manso y humilde de corazón. El mismo se llama, no en vano quiso llamarse "Maestro". Entre todos los títulos el más amado es el de "Maestro". Vamos a estudiar, a conocer el corazón de Dios en las palabras de Dios. En las palabras de Cristo, en los actos de su vida, en su corazón, encontramos dos virtudes que constituyen su verdadero carácter. El mismo lo dice: la mansedumbre y la humildad.

¿Qué cosa es la humildad? Hay que tener un concepto claro. La virtud de la humildad conoce su propia miseria, sus debilidades, su nada. Sufre tranquilo cuando le sucede. Si tengo distracciones en la oración, ¿me turbo? No, me humillo, conozco mis debilidades, sufro tranquilo mis imperfecciones, debilidades, aun mis miserias, faltas, defectos, humillaciones. Esto es

(69) Col. 3, 3.

(70) Mt. 11, 29.

La humildad no consiste en signos exteriores, ademanes humildes, ca-humildad, conocer, sufrir nuestras miserias. Hay almas que se inquietan, se turban, se contristan por sus distracciones, imperfecciones. El burro no se asombra de sus rebuznos, lo más natural es que nos salgan bastantes rebuznos, lo raro es que no nos salgan más. Si algo bueno tenemos, es Dios quien lo hace, su gracia; lo malo es nuestro.

bezas gachas. "Yo la más pecadora, indigna"; cuando se lo dicen salta un metro del suelo. Nos gusta decirnos soy así, y cuando nos lo dicen no; ésta es humildad de opereta, de escenario, cabezas gachas, actitudes humildes. La humildad naciendo del corazón conoce, saborea su miseria, su nada, ceniza, polvo, miseria, sentirlo y reconocerlo. A un pobre, por mucho que lo sea si le decimos: "mira, que roto viene, con esos parches encima", no le gusta se lo digan; a una persona elegante si le decimos que lleva un piquete, se desespera. Esa es humildad, sentir, saborear, conocer su nada, gustarla. No es decir "yo la última, la más mala, la más perversa". Yo no me creo así; hay gente más mala, más ignorante, más estúpida; no me creo ni el más infeliz ni el más inteligente. Sentirnos lo que somos, reconocer nuestra miseria, esto es humildad. Ser santos es reconocer lo que se es.

La humildad es *justicia*. Vemos lo que somos, damos a cada uno lo que se debe, somos justos por la humildad: damos a Dios lo que se debe y al prójimo lo que se debe. Por la justicia se practican todas las virtudes: damos a cada uno lo suyo, a Dios, al prójimo, a mí mismo. Ni me hago mejor, ni peor.

La soberbia niega la verdad, se cree distinta de lo que es, se apropia lo que no le pertenece. La humildad es muy importante para la justicia, paz no hay sin justicia. "Opus justitiae pax" (71) es el lema de Pío XII. Querer paz sin justicia es imposible, no hay paz en los corazones si no hay justicia, mientras no haya justicia.

La soberbia hace injusto, niega la verdad apropiándose lo que no le pertenece. Con frecuencia se ve caer al soberbio. Hay grados en la soberbia; es tanto más peligrosa, sutil, cuanto más elevado es el objeto sobre que ella versa.

Externa: una muchacha se mira complacida ante el espejo sus rizos. ¡Pobre pretenciosa! Un muchacho estrenó zapatos nuevos, estrechos, zapatos de charol. ¡Infantil vanagloria! En las cosas externas es poco grave. Sube el objeto de la vanagloria, la riqueza es más vana; la de la ciencia es más sutil entre las peores; pero la del espíritu es la peor de todas, diabólica. Cuanto más alto es el objeto sobre que versa la soberbia es más grave.

En el claustro puede entrar la soberbia, la vanagloria; no será la soberbia por estrenar un sayal nuevo, o la de la muchacha que ostenta sus pieles, tampoco la del dinero; no de estas cosas externas, sino más bien interior. ¡Qué peligrosa es! El demonio se mezcla disfrazado de ángel de luz y puede hacernos caer en la tentación. Es un gran peligro la soberbia espiritual, por ella naufragan muchas almas. Toda la Historia confirma esta tesis. El movimiento de Port Royal fue consecuencia de ella: un grupo de religiosos, de hombres de elevación, de talento, por el orgullo espiritual fueron la cuna del Jansenismo. ¡Qué fácil es caer en la soberbia espiritual!, sentirnos buenos, santos, personas espirituales. ¡Qué peligrosa! Se mezcla el espíritu de soberbia y se viene a ser como el fariseo. Muchas veces es más

(71) Tr.: "La paz es la obra de la justicia": Is. 32, 17.

fácil encontrar humildad en el mundo que no en el Claustro; es un escollo sutil, delicado, diabólico, que viene a apartar a las almas del verdadero camino. "¡Sólo me gustan las conversaciones espirituales, las lecturas espirituales!; hace pensar que somos muy santos. Todo puede ser verdad, pero si no nos basamos en profunda humildad es muy peligrosa; nadie más espiritual que Luzbel. Fue la soberbia del espíritu la que lo perdió. ¡Qué fácil es caer en ella, puede venir (no sólo hay que señalar la enfermedad, sino también el escollo). ¡Nosotros los buenos, los espirituales, los santos, llamados a la vida contemplativa. En el mundo hay gente de vida muy santa. Me ha tocado conocer en confesión almas de verdadero mérito y he tenido que decirme: "Averguénzate, aprende; no sabe esa alma lo que es, es infinitamente superior a tí, su virtud tú no la tienes". Mientras más humildad, más cerca de Dios está el alma. Muchas veces ni saben las almas lo que valen.

"El encanto de las rosas
Es que siendo tan hermosas
No conocen que lo son."

Desde el momento que comenzamos a contemplar, a ver nuestro progreso, el grado de virtud que alcanzamos, es fatal, caemos en la soberbia espiritual, la soberbia de la vida. Por eso, lo mejor es el abandono: que sea de nosotros y sea donde Dios quiera.

En Italia me tocó tratar con un santo religioso, el Padre Gallard, prototipo de la educación exquisita "politesse", penetrado de humildad, alma muy sencilla. Al saludar, pasaba la mano diciendo: "Cúbrase V. R.". Le dije que me dormía en la meditación y me respondió: "Qué cosa más dulce que dormir a los pies de Jesús". Le manifesté que me sentía conturbado espiritualmente, desanimado por no progresar. "Su Reverencia, respondió, haga el favor de dejar ese trabajo al Angel de la Guarda".

Así también vosotras; si no los Angeles de la Guarda del Carmen se van a poner muy flojos; hay que dejarles la contabilidad espiritual, no miren el progreso.

La humildad es la raíz de todas las virtudes, así como la soberbia lo es de todos los males. Es necesaria para la caridad, no puede haber caridad sin humildad. ¿Cómo puede haberla si me creo más que los demás?. No hay castidad, la impureza es el orgullo del sentido, que dice no me someto.

¿Paciencia, creyéndose más de lo que es? De la obediencia, de todas las virtudes, la base es la humildad. San Agustín dice: "Queréis levantar alto el edificio, debéis preocuparos de los cimientos; mientras más alto el edificio, cavad más profundamente los cimientos". Para que el edificio sea sólido, firme, lo primero es la humildad.

Para tener un amor grande a Dios también es necesaria la humildad; para vivir, identificarnos con Cristo el camino es la humildad, sólo ella conserva el mérito de las buenas obras. Nos cuestan sacrificios, esfuerzos a veces nuestras obras y después por tontos, por vanagloriarnos lo perdemos todo: "Ya recibiste la recompensa" (72) pedazo de lesa. ¡Ay qué bien me salió!

La humildad es la única que conserva el precio, el mérito. ¿Por qué? Porque no tenemos nada bueno, todo es de Dios. "¿Qué tienes que no te haya sido dado, por qué te glorias?" (73). Tu vocación no es tuya. "No fuis-

(72) Mt. 6, 16-17.

(73) 1 Co. 4, 7.

teis vosotros los que me elegisteis. Yo os elegí a vosotros” (74). Señor, aquí hemos venido. Fue El quien nos trajo. Por Su amor El nos trajo. Ni siquiera el nombre de Jesús podemos pronunciar sin la gracia de Dios, dice San Pablo.

Mientras más dones recibimos hemos de ser más humildes. Las gracias que recibimos en la oración, todo viene del Padre de las Luces.

a) *Este es el primer fundamento*

Todo lo bueno viene de Dios, la gracia. Nos pasa que tanto estar recibiendo gracias de Dios creemos son nuestras, patrimonio nuestro; creemos tener derecho a que Dios nos las de; nos quejamos cuando es limosna, somos pordioseros. ¡Qué bella es la actitud del alma!: “Señor, como juramento delante de Tí”. Si no puedo más daré algunos rebuznos, el burro que otra cosa puede hacer... ¡Qué hermoso que N. Santa Madre tenía éxtasis; N. P. San Juan se quedaba subido hasta el techo. ¡Quedémosnos nosotros tranquilos, démosle a Dios lo que pide; lo que no podemos, quedémonos tranquilos; la humildad nos dará la paz del alma. ¡Qué quiero alcanzar tal grado de oración, como tal libro, imitar a tal santo, me hago fuerza y no puedo! Haced lo que podáis y dad gracias a Dios.

Un payaso se convirtió y se entró en un convento. No sabía nada de vida espiritual, de meditación, de salmodia. Triste se decía ¿qué puedo hacer? Alma sencilla, simple: “pues darme vueltas de carnero”, y vueltas van, vueltas vienen, quedaba bañado de sudor delante de la estatua de la Santísima Virgen. Un padrecito lo descubrió y fue a contarle al superior. Indignado por el “crimen, sacrilegio” va el superior; allá estaba el pobre clown dando saltos mortales y ya iba el Padre a salir para enrostrarle su proceder, cuando la estatua de la Sma. Virgen se mueve, larga la mano y le seca la frente. Ante el milagro el Padre comprende el poema de hermosura que encierra aquella alma profundamente humilde. No sabía otra cosa, pues hacía con amor lo que sabía. En la vida espiritual, no hay que darse vueltas de carnero, no.

No queremos hacer todo lo que hicieron los santos. ¡Qué medias cosas se inventan a veces! Se escriben más las cosas extraordinarias de sus vidas que no sus defectos. Todos han sido imperfectos, se han hecho santos a pesar de sus defectos. Los desfiguran; a veces nos pintan santos absurdos: uno que a los dos meses ayunaba los miércoles y viernes. Hay que tomarles las cosas esenciales, no pretender imitarlos palabra por palabra, paso por paso; eso sería formarse un concepto equivocado. No todas las cosas son para imitarlas, algunas sólo para admirarlas; hay que tomar el espíritu de sus vidas. San Patricio rezaba todos los días los 150 salmos, 50 con el agua hasta el cuello y 100 Gloria Patris. Fue un modelo de obispo por su celo apostólico, amor a las almas. Yo lo imito en su celo apostólico, no lo sigo en rezar los salmos en el agua.

A esto nos lleva la verdadera humildad, a sentir lo que somos y lo que podemos dar.

(74) Jn. 15, 16.

11) *Motivo para ser humilde*

Nuestros propios pecados. Son palabras del Espíritu Santo: "Si dijéramos que no tenemos pecado seríamos mentirosos" (75). Todos pecamos, tenemos imperfecciones, pero si no son voluntarias ellas no impiden nuestra ascensión a Dios. Hemos de procurar evitarlas, quitarlas poco a poco. "El justo cae siete veces al día" (76), dice la S. Escritura. Que estos pecados e imperfecciones no nos conturben. Cuando damos un tropezón, no vamos a hacer un soliloquio. ¡Oh piedra!, sino que nos servirá para andar con más cuidado. Así nos hacemos humildes por nuestros pecados.

12) *Conocimiento de lo que somos*

"Acuérdate, hombre, que eres polvo y en polvo te has de convertir", nos recuerda la Iglesia. El pensamiento de la muerte es muy saludable para conocer nuestra nada; somos polvo y ceniza, ¿qué va a quedar de nosotros? El mundo piensa pasar a la inmortalidad, a la historia; a los 30 años ya nadie se acuerda, olvido total; pobre viejo, quiso dejar una huella y ya nadie se acuerda. ¡Inmensa vanidad de la vida!

"¿Qué se hizo del rey don Juan?
¿Los infantes de Aragón, qué se hicieron?".

Nuestras vidas son los ríos
que van a dar en la mar
que es el morir.

¡Inmensa vanidad de la vida, no somos nada! Si nos hacemos humildes, viviremos tranquilos, en paz.

13) *El ejemplo de Nuestro Señor*

La vida de Cristo es toda humildad. La Encarnación: "Verbum caro factum est" (77). En el seno de María: silencio, oscuridad, humillación profunda. Nace de una creatura en Belén, obediente, pobre, humilde. Si me dicen: "Tú naciste en medio de la calle, del arrollo", me levanto indignado. ¡Humildad profunda de Belén, como nos lo pinta la Liturgia! Lloro el Niño encerrado en un estrecho pesebre, la Virgen lo faja (lo hace humita), llora, tiritita, siente hambre, frío. ¡Humildad de Nazaret, es todo humildad! Hijo de un carpintero, trabajo oscuro, obrero. Cuando el mundo pierde el sentido de Cristo, no estima al obrero. Cristo es obrero de ínfima condición, aprendiz. "¿No es éste el Hijo del carpintero?" (78).

Hicieron en un convento un santo Cristo de un árbol y un religioso viejito no podía tenerle devoción, decía: "lo conocí naranjo".

(75) *1 Jn.* 1, 8.

(76) *Pr.* 24, 16.

(77) Tr.: "Y el Verbo se hizo carne". *Jn.* 1, 14.

(78) *Mt.* 13, 55.

Humillaciones de la vida diaria, de la Pasión, del Calvario. ¿Qué es la Pasión, sino humillación profunda? "Humiliavit semetipsum" (79). Según los Profetas: "Soy gusano, no hombre, abyección de los hombres" (80). Eso es Cristo, blasfemo, maldito entre el cielo y la tierra, maldecido, impostor. ¿Queréis mayor humillación? Si mañana se me levantara una calumnia como malvado, infame, criminal, la prueba sería fuerte, durísima. Si una mañana me calumniaran por error de un crimen horrendo, sufriría una grande conmoción. Eso, mucho más, es Cristo, malhechor, preferido a Barrabás, condenado al suplicio más infame. San Pablo, cuando se le acusó como judío protestó que era ciudadano romano.

Y después las humillaciones de la Eucaristía.

Humillaciones de María: "Ecce ancilla Domini" (81), silencio de María, oscuridad. ¡Humildad de los santos! Padecer, ser despreciado.

Si así estiman Cristo, María, los santos la humildad vemos cuán importante es. Nos trae gracias de Dios; Dios al humilde da su gracia, resiste al soberbio; más humildad, más gracias.

¿A quién perdona Dios? "Cor contritum et humiliatum" (82).

La humildad trae la paz y tranquilidad entre hermanos. "Beatus mittis et humilis corde" (83), ellos poseerán la tierra.

Dante, el altísimo poeta, no encontró la paz en las cortes, sino que huye a Florencia a refugiarse en un convento de Ravena en busca de la paz. Fray Luis de León cantó:

"Qué descansada vida
La del que huye el mundanal ruido
Y sigue la escondida senda..."

Esa es la gran verdad. Virtud verdadera no se encuentra sin la humildad. Con ella está el camino abierto a la perfección. El Espíritu Santo dice: "Los valles abundarán de trigo". Es una prenda segura de salvación. Cristo lo dijo: "Cualquiera que se haga pequeño como este niño, es el mayor en el reino de los cielos" (84). Para entrar al cielo no se nos pedirá milagros, alta oración, éxtasis. En el último día algunos dirán: "Señor, que me di tantos azotes". "Pero le faltó humildad". Que tuve esta oración. "Pero le faltó humildad". "Que llegué al desposorio espiritual, hice milagros". "A otros hiciste milagros, pero no te hiciste el milagro de ser humilde". Miren este otro donde está. Los chascos que se llevarán algunos.

Mi mamá, mujer de mucho talento, me dice: "Hijito, los chascos que nos vamos a llevar", es al mismo tiempo modelo de humildad. "Mi única esperanza es que Dios me va a oír por Ud.". El primer chasco me lo voy a llevar yo, con mitra y báculo voy a estar mucho más abajo que ella. Es palabra del Evangelio: el que se humilla es el mayor en el reino de los cielos. Que fui predicador, hice muchos cogollos, gorgoritos. "Pero no eras humilde". Ese otro hermano lego que no andaba con Santo Tomás debajo del brazo está mucho más arriba porque fue mucho más humilde. "El más pequeño". Esto fue lo que hizo Santa Teresita, y es tanta su simpatía. Pero

(79) *Fip.* 2, 6-7.

(80) *Sl.* 21 (22), 7.

(81) Tr.: "He aquí la servidora del Señor": *Lc.* 1, 38.

(82) Tr.: "El corazón arrepentido y humillado": *Sl.* 50.

(83) Tr.: "Dichoso el manzo y humilde de corazón": Cf. *Mt.* 5.

(84) *Mt.* 18, 4.

no exagerarán. No, es una misión providencial en el siglo XX, siglo soberbio, envanecido con la potencia y la máquina. Era necesario una lección de inmensa humildad. ¡Qué luz recibió de esa página del Evangelio: “Nisi efficiamini sicut parvuli” (85) “no entraréis en el reino de los cielos”. ¿Quién es más santo? El que se hace como niño. Esta es la medida de Dios, distinta de la medida de nosotros. Santa Teresita funde su espíritu en la más profunda humildad. S. S. Benedicto XV, al hacer el discurso de beatificación muestra como la humildad, la confianza y el abandono fueron el camino de Santa Teresita; toda la cumbre de la vida espiritual está en el abandono y fundado en la humildad. Nuestra Santa Madre (86) si recibió tantos dones místicos y llegó al grado más alto de oración, fue por esta virtud. ¡Cuánto debemos, pues, estimarla!

La humildad debe ser práctica, en tres cosas:

- a) pensamientos.
- b) palabras.
- c) acciones.

a) *Pensamiento*

Sentir bajamente de sí mismo, amar ser desconocida, tenida en nada. ¿Señor, qué piensan de mí? soy así, ¿mejor te creen o peor? Si me dicen más, me quedo muy tranquilo, no si dicen menos. Amad la humildad de juicio. S. Francisco de Sales dice que la obediencia y el amor son fruto de la humildad de juicio. ¡Qué yo tenía la razón, no me comprendieron, el Señor quiso probarme, pero yo tenía la razón!

Un sacerdote virtuoso, pero porfiado es llamado por su Prelado, quien le dice: “Tú me has faltado”. Poniéndose de rodillas, responde: “le pido perdón, pero tengo la razón”. La humildad de juicio cuesta mucho, lo que más amamos es nuestro propio juicio. No hay obediencia sin humildad, debo pensar que mi juicio no es el verdadero, debe ser el de nuestro Superior. Cuesta la humildad interna, del espíritu.

b) *Palabras*

Se falta hablando de nosotros mismos, de lo que haríamos y habríamos hecho. Yo cuando era sacerdote criticaba a veces al Prelado: si el Obispo debiera hacer esto, si tú fueras obispo... Ahora no hago ni la mitad, ni la cuarta parte. Hablamos de lo que hacemos, haríamos y habríamos hecho. Se falta con hablar mal de otros; excusarnos es faltar a la humildad de palabra. Se me hace un reproche... es que le voy a dar explicaciones; prefiramos callar, mirar el Evangelio.

Cristo, tratado de loco, de malhechor, ¿se defiende? Y calla. Habrá ocasiones en que sea conveniente hablar; si no es más conveniente, callar. La discusión. ¡De la discusión sale la luz!; no nace, sino el orgullo. Cada vez que discuto se me subleva el amor propio, decía una persona. Nuestra sentencia, competencia, es derroche de amor propio y nada más.

(85) Tr.: “Si no os hicieréis como niños...”: Mt. 18, 3.

(86) Tr.: Santa Teresa.

c) *Acciones*

Cristo lavó los pies a sus apóstoles: "ejemplo os he dado; así vosotros debéis lavaros los pies unos a otros" (87). Eso es humildad. San Francisco Javier desde las Indias escribía a su superior de rodillas; ¡humildad en el trato con el superior!

Humildad hacia Dios: someternos a su voluntad, saber responder: "No a nosotros, Señor, no a nosotros, sino a tu nombre da la gloria" (88).

Hacia nuestro prójimo, dándonos honor unos a otros, como decía San Pablo; estimarlos mejores que nosotros.

Con respecto a nosotros mismos, la regla práctica es aceptar bien las humillaciones; las tenemos a diario, de parte de nuestros superiores, de palabras, advertencias de nuestro prójimos, desatenciones, dureza, falta de caridad. Con nosotros mismos. ¡La tontera que fuiste a decir!... yo quise decir tal cosa y hablé mal. Humillaciones del cuerpo. ¿Qué es la enfermedad, jaqueca, etc., sino humillación que limita las facultades espirituales? Aceptar las humillaciones.

San Ignacio da tres grados de humildad: el que acepta, el que pide, y el que las busca. No vayamos a pedir las si no estamos firmes en el primero; podríamos después decir: "Era de veras, Señor". Aceptar bien las humillaciones; os aseguro que tendríais cien cada día. Con sencillez, cariño, sinceridad, acercaos al corazón de Cristo, manso, humilde; hallaréis descanso para vuestras almas. Humildad de palabra, de corazón, mirar el interior del Corazón de Cristo. Entonces, cuando se identifique nuestro corazón con Cristo, esa humildad del corazón de Cristo se comunicará al nuestro.

14) *La Eucaristía*

Si todos los misterios de la vida de Cristo son para nosotros fuente profunda de enseñanzas, riquísimas lecciones, hay en la vida de Nuestro Señor misterios en que podemos decir culminan el amor y todo lo que Cristo ha sido y es para nosotros, los argumentos más poderosos de generosidad para con El, como lo es la Pasión. Son como el sello, el gran argumento para entregarnos al señor. "Me amó y se entregó a la muerte por mí" (89), decía San Pablo. Este es el gran argumento de los santos, ellos lo comprendieron, de ahí su generosidad. Vamos a ver en este día los grandes argumentos, magníficos cuadros, que nos llevan a conocer los más íntimos secretos del Corazón de Dios. El 1º es la institución de la Eucaristía: "Como hubiera amado a los suyos que estaban en el mundo los amó hasta el fin" (90), hasta la donación completa de sí mismo.

Preparación. Cristo, que ha vivido pobre, no tuvo donde reclinar su cabeza, que vino a buscar no los resplandores, sino la humillación, para instituir la Eucaristía quiere una gran sala, quiere que el decoro exterior forme parte del gran cuadro interior.

He aquí por qué la Iglesia pone al servicio del altar todo género de arte del hombre, las hermosuras de la creación, quiere que el arte ennoblezca, eleve todo lo que se relaciona con la Eucaristía, que el arte reli-

(87) *Jn.* 13, 15.

(88) *Sl.* 115 (113) 1.

(89) *Ga.* 2, 20.

(90) *Jn.* 13, 1.

gioso sea la expresión de la veneración, del amor hacia Dios, al Esposo que realiza la gran prueba, el milagro de su amor.

Preparativos inmediatos. Primero, el lavado de los pies, para que en esta escena veamos la primera enseñanza: la humildad. Ella es la 1ª preparación para la recepción digna de Cristo; más humildad, más digna. La humildad se abre como la tierra para recibir la semilla santificadora al recibir la carne preciosa de Jesús.

Otra preparación es la caridad, la gran preparación. La Eucaristía es misterio de fe, más sobre todo de amor; es la expresión más perfecta del amor de Dios a los hombres y de los hombres entre sí. Si no se tiene amor en el corazón no hay preparación. "Si al tiempo de preparar tu ofrenda en el altar te acuerdas que tu hermano tiene alguna queja contra tí, ve primero a reconciliarte con tu hermano" (91). "Habéis visto lo que he hecho con vosotros: si yo me llamo Señor y Maestro y lo soy y os he lavado los pies, ejemplo os he dado para que os lavéis los pies unos a otros" (92). La caridad es la gran preparación y a la vez el fruto más bello de la Eucaristía; veamos el aumento de la caridad y preparémonos en la caridad, sólo en caridad fraterna. Puede suceder que valga más una comunión hecha en caridad que no una tibia y débil. La caridad llega hasta a sacrificar el consuelo espiritual de recibir el cuerpo de Cristo. Las Hermanitas misioneras de los indios, escasamente comulgan una vez al mes, conservan el Santísimos; su caridad llega a tal grado que las lleva a renunciar *al consuelo* de recibir a Cristo, para recibirlo en sus miembros.. Es la caridad, la preparación del corazón y el fruto más precioso de la Eucaristía; es en caridad como las almas retribuyen y pagan su amor a Cristo Nuestro Señor.

Penetremos al interior del corazón de Cristo, tratemos de conocer cómo se desarrolla el misterio. Cristo Nuestro Señor ha amado a los hombres con amor sin medida. "Mis delicias son estar con los hijos de los hombres" (93). Quien ama desea estar siempre con el ser amado; su Corazón no quiere separarse de los suyos hasta el fin de los siglos; son pobres, débiles, frágiles, me da lástima, van a sucumbir, pobrecitos; sin Mí no podéis nada. "Si no coméis mi carne no tendréis vida en vosotros" (94). El es el sol, la luz, la fuerza; es el Corazón del Padre, del amigo, el Corazón infinito de Dios, de los amores sin medida para con sus hijos.

Está de por medio la voluntad de su Padre, esa voluntad que es el alimento de la vida de Cristo, no desea otra cosa que complacerlo.

Se presenta un conflicto para la voluntad de Cristo: por un lado, la voluntad de su Padre. "Os conviene que yo me vaya; si no me voy, el Paráclito no vendrá a vosotros" (95). Y por otro: Cristo quiere quedarse con sus hijos. ¿Qué hará? El conflicto sólo lo resolverá el amor, el amor infinito. Partirá visiblemente para cumplir la voluntad de su Padre; volverá a su gloria, pero se quedará. Esto es en primer lugar la Eucaristía: Dios que se queda, el amor que se queda; Cristo, real, verdadero. "Este es mi cuerpo", su cuerpo, su alma.

Debemos pensar mucho lo que es este misterio, no con piedades sensibleras, sino con esa piedad que anhela acompañar a Cristo, estar con El aunque de lejos, sentir que la presencia de Cristo irradia en nuestra vida.

(91) Mt. 5, 23-24.

(92) Jn. 13, 15.

(93) Pr. 8, 31.

(94) Jn. 6, 53.

(95) Jn. 16, 7.

El sol irradia luz, calor, vida, en la medida en que besa la tierra y la hace producir sus frutos. Aún de lejos hemos de hacer a Cristo el sol de nuestra vida, que el sol de la Eucaristía bese nuestra alma y germine santidad.

Mas no es sólo Cristo que se queda, es más que eso: Cristo que se inmola. ¿Volverá a presentarse un conflicto al corazón de Cristo, si es posible decirlo? El se ha ofrecido como rescate, como víctima por el género humano. El lo dijo: "Con un bautismo de sangre he de ser bautizado" (96). ¡Cómo anhela su hora, la de su oblación, el martirio, el sacrificio! Ya desde el primer momento se ofreció, ofrecimiento magnífico, sacrificio infinito. Es necesario que se consume, realizar la Pasión. El Corazón de Cristo mira el mundo, los siglos que siguen hasta el fin de los tiempos. "Sitio" (97). El debe estar en la cruz como víctima inmolada chorreando sangre divina, para que hasta el último día un río de sangre divina corra hasta las almas, para darles verdadero valor. Según los designios del Padre debía morir una sola vez. "Cristo resucitado de los muertos ya no muere" (98) dice San Pablo. Cristo una sola vez se ofreció. ¿Cómo realizar ese anhelo y esa ansia de Redención, al instante mismo en que se ofrecía en sacrificio? Lo que es imposible al corazón del hombre es posible a Dios, al amor, a la Sabiduría infinita. Una vez morirá, subirá a la gloria, mas permanecerá siempre víctima. Desde el sol hasta el ocaso se ofrecerá una oblación pura, terminarán los sacrificios de machos cabríos. "Tunc dici: ecce venio" (99). En esos instantes toma el pan. "Hoc est corpus meum" (100). "Haced esto en memoria mía". Hasta el fin de los siglos el labio del sacerdote repetirá el Misterio; la Eucaristía es la renovación del sacrificio de Cristo. Ante todo Cristo se ofrece para ser inmolado como víctima.

Debemos reflexionar mucho en lo que esto significa. Hay en la piedad eucarística una desviación; se da preferencia a Cristo en el Sagrario como objeto de adoración, óptima, santo; pero ante todo es oblación, víctima que se inmola. No, la parte mejor no es el momento en que se come, o cuando se reserva o se guarda para tributarle como Dios el homenaje de adoración. No hay que separar la Reserva o la Santa Comunión, sino que todo debe estar en relación con el Santo Sacrificio de la Misa. La Liturgia Eucarística es litúrgica sacrificial. Cristo que se inmola, como habla la Santa Misa, como debe ser nuestra vida. Penetrad, medita en el espíritu de la Misa; es fórmula de vida. ¡Vive tu Misa! Es toda la vida espiritual, desde el comienzo hasta la más alta cumbre, es penetrarse del fundamento que todos somos oferentes con Cristo; nos ofrecemos y nos inmolamos, comemos para que nos traiga a todos las gracias victimales del sacrificio que acaba de consumarse. San Vicente Ferrer dice que la Santa Misa es la obra más alta de contemplación.

Comienza renovando los sentimientos de compunción por nuestras faltas, "peccatum meum contra me est semper" (101). La santa compunción, la contrición revive, penetra en nuestra vida, la recorre, hemos pecado, pedimos gracia. Es el alma penitente que se humilla.

(96) *Lc.* 12, 50.

(97) Tr.: "Tengo sed": *Jn.* 19, 28.

(98) *Rm.* 6, 9.

(99) Tr.: "Entonces dije: he aquí que vengo": *Hb.* 10, 7, 9. Cfr. *Sl.* 39.

(100) Tr.: "Esto es mi cuerpo": *Mt.* 3-6, 26.

(101) Tr.: "Mi pecado está siempre ante mí": *Sl.* 50.

Después: "Ostende, nobis, Domine, misericordiam tuam" (102). Viene la iluminación, Cristo, la Palabra de Cristo, de San Pablo, de Cristo en su Evangelio. La Misa es un diálogo. Dios contesta, me humillo hasta el Credo y El contesta. Cuéntale al Señor tu miseria. El se apiada, te habla.

Empieza la Misa de los fieles: "Suscipe, sancte Pater" (103). El Padre Santo es el término de la adoración en el cielo y en la tierra. "Suscipe". Recibe esta hostia inmaculada. Por ese pasado triste yo te la ofrezco..., para que a todos nos aproveche. Pero al mismo tiempo, otra hostia, yo me ofrezco con Cristo Jesús, yo miembro de su Cuerpo Místico con su cabeza, en la patena dorada. El sublime gesto litúrgico de la patena; hay que vivirlo en cada instante de la vida, es el gran gesto de nuestra existencia, la única palabra "suscipe"; en el oro del sufrimiento: "Suscipe, sancte Pater". Sí, no es exageración que el vivir nuestra misa es toda nuestra vida espiritual. Bebamos en la Liturgia, en la fuente de la vida cristiana. El Pontífice Pío X decía: "La fuente primera e indispensable es la participación activa en el Misterio de la Iglesia". Haced, sentid que la Misa es el alimento de vuestra vida. ¿Por qué somos débiles, faltos de generosidad, superficiales? Por entender mal la piedad. Lo dijo el Salmista: "deficit sanctus". ¿Por qué la defeción del santo? Porque han disminuido las verdades entre los hijos de los hombres. No hay que beber en las cisternas secas, en esas aguas expuestas al sol, sino en las frescas, cristalinas. Se ha olvidado la tradición de 20 siglos. Con una serie de cosas, rosarios, novenas, se ha alejado a las almas del manantial de vida, sentirse unidos a Cristo. Hay que repetir a cada instante el "suscipe sancte Pater".

El Ofertorio continúa; la gotita de agua. ¡Sublime misterio! no de sensiblería ni de poesía:

"Tú que uniste tu Divinidad en la persona del Hijo de Dios a nuestra humanidad", "por el misterio de esta agua y vino" (104).

En esta gota de agua estoy yo. Tú te unes a la sangre de Cristo en el vino; se pierde, es transformada en la sangre del Hijo de Dios. ¡Ser gota de agua que se pierde, que se olvida! Sentir que cada día la gotita de agua se mezcla en nuestra vida; es ésta una realidad, un dogma litúrgico, de la Iglesia. Ella nos da los grandes alimentos de la piedad cristiana, no piedades que halagan la vanidad, sino que nos lleva a la identificación con Cristo, con el misterio sangriento de la Cruz.

Sigue..., se va acercando el gran momento. El Misterio se hace más profundo. Se abre el cielo, se descubre el velo; con los ángeles y arcángeles en ese momento (Prefacio) cantamos el himno que más tarde cantaremos en el cielo, anticipamos la gloria. La Misa es la eternidad, las nupcias del Cordero, es estar delante del trono ofreciéndose al Padre. La Liturgia del cielo, de la eternidad es "dignus est agnus..." (105) y tenemos un anticipo de ella en la tierra. "Sanctus, sanctus, sanctus", canta el alma a plenos pulmones, así se respira el aire verdadero. Vive el Misterio de la Santa Misa.

Cristo se ha ofrecido como víctima, es necesario que se inmole. La inmolación: "Hoc est corpus meum" (transubstanciación) y la Víctima Divina se alza entre el cielo y la tierra.

(102) Tr.: "Muéstranos, Señor, tu misericordia": *Sl.* 84 (85), 8.

(103) Tr.: "Recibe, oh Padre Santo": palabras del Ofertorio de la Misa.

(104) Palabras del Ofertorio de la Misa.

(105) *Ap.* 5, 12.

La inmolación es la misma del Calvario, la diferencia es que allí fue cruenta y aquí incruenta. Cristo vino a buscar, a dar gloria plena a su Padre, y aplacó el pecado, cantó la Alabanza perfecta a Dios, reconcilió el cielo con la tierra y nosotros estamos unidos con la Víctima santa en el Misterio de Cristo en la Misa; somos esa gotita de agua y también con ella nos inmolamos, que no consiste tanto en hacer actos de ofrecimientos victimales, que no pasan de ser simples actos buenos, sino unirnos al gran acto de la Hostia Divina.

“Per Ipsum, et cum Ipso et in Ipso” (106). Por el Espíritu Santo. Unidos al Sumo Pontífice con la unión más perfecta, como miembro de Cristo me ofrezco al Padre en unidad con el Espíritu Santo.

Ya tiene el Padre la perfecta alabanza, adoración. Yo me uno con El. Ya el alma se ha ofrecido, hay que vivir durante el día esa inmolación de la mañana; su obediencia, su caridad, las une a la Consagración; en la prueba, lo mismo.

Veremos cómo el vivir la Misa es una fuente de alegría para nuestro corazón. Todo hay que verlo en este acto supremo; sepamos apreciar, ver cómo nuestros pequeños sacrificios, son para ver formarse la hostia santa.

Como las Madres Canadienses: en el campo santo donde reposan los soldados muertos en la guerra sembraron trigo para unir el sacrificio de sus esposos, de sus hermanos, de sus hijos, al sacrificio de Jesús, a la harina que formaría la blanca hostia del Congreso Eucarístico de Canadá.

Fijémonos: la mortificación por mortificarse no es el sentido cristiano. Más mortificaciones hace un fakir, un budista, al acostarse sobre púas. No está en que sea grande o pequeña, está en la unión al sacrificio de Cristo.

Un sacrificio, por insignificante que sea, unido a Cristo, tiene mucho más mérito que uno grande que no lo está.

Esta es nuestra Santa Misa. Si realizamos, dejamos penetrar la devoción de la Misa, qué distinta sería nuestra vida. (Devoción viene de “se devovere”: “consagración con sacrificio de un ser a una cosa”). Que la devoción de la Misa sea la devoción central de nuestra vida, incluso de la devoción de la Santísima Virgen y de los santos.

Esta es la Eucaristía, Cristo realizando su inmolación. Si la vivimos, nos santificaremos; una sola Misa es suficiente para santificarnos.

El Beato Chanel, muerto en Oceanía, decía cuando era seminarista: “Primero, la Misa; después, pasar el Océanos, salvar un alma y morir”.

¡Ver, sentir, lo que es salvar un alma! ¡Qué hermoso el pensamiento del seminarista asesinado durante la Revolución Española!

“Estos granos de trigo son

Yo quiero ser polvillo de harina
Que forme tus hostias de amor”.

Este es el concepto verdadero, cristiano. Como un joven que fue crucificado a las 3 de la tarde en la Revolución Mejicana, escribió una carta conmovedora, sublime, a su madre y a su novia. ¿Dónde ha bebido el sentido cristiano del sacrificio? En la Santa Misa, en la devoción a la Santa Misa. ¡Si saliera de los Conventos de Carmelitas de Santa Teresa un apostolado intenso de la Misa, que fueran los Conventos un centro de difusión de la Santa Misa, como lo hicieron un grupito de religiosos benedictinos.

(106) Tr.: “Por medio de El, con El y en El”: últimas palabras del Canon de la Misa.

Impregnémonos perfectamente de lo que debe ser la Misa en nuestras vidas, la gran escuela de santificación, el centro del dogma, el centro de la fe.

Es el momento en que se alza el hondo clamor que llega hasta el corazón de Dios, en donde se levanta el velo del Santo de los Santos (como lo dice la Liturgia de Todos los Santos).

La Eucaristía es, por último, Cristo que se da, porque quiere que esta Víctima Divina que se inmola, la recibamos en la comunión, comamos y participemos de los frutos victimales del sacrificio de Jesús. "Si no comiereis la carne del Hijo del Hombre, y no bebiereis su sangre, no tendréis vida en vosotros" (107). Por eso, la Comunión no podemos separarla del sacrificio de la Víctima; la Iglesia, permite, tolera separarla ,pero no es oír con perfección la Misa, hay que participar de la comunión dentro de la Misa, hay que darle todo su verdadero sentido. La piedad moderna se limita sólo al momento en que tenemos a Jesús en nuestro corazón: "Señor, Tú vienes a mí, a habitar en mi pecho, en mi corazón".

No es sólo eso, viene y está en nuestro corazón como víctima para que le comamos, bebamos su sangre y nosotros participemos plenamente de su sacrificio. No se puede separar, hay que darle todo su relieve a la manducación. Se ofrece la Víctima en el Ofertorio, se inmola en la Consagración, viene y se consume en la Comisión. La piedad que se limita sólo a eso es trunca, imperfecta; lo profundo no es: "Señor, que vienes este ratito, para ser tu tabernáculo"; no, es algo más profundo.

San Agustín dice que así como el alimento corporal se transforma en la substancia de nuestros cuerpos, así la Eucaristía obra en nosotros una transformación semejante, pero no es Cristo quien se transforma en nosotros, sino que nosotros nos transformamos en El.

Nuestra transformación es el gran acto para el cual ofrece, se inmola la Víctima Santa, por el amor y el sacrificio; es el gran acto sacrificial que nos da la vida de Dios totalmente, viene a nosotros para transformarnos en El.

Tratemos de penetrar, vivir el Sacramento de la Eucaristía.

Es el sol de nuestra vida, la fuente preciosa. Vivamos así, El en toda nuestra vida, en toda su amplitud, su simbolismo dogmático, como la ofrece Cristo, como la ofrece la Iglesia, como la ofrece la Liturgia; no como los hombres la han desfigurado; no como esas canciones sentimentales en que se ha olvidado el principio fundamental; hay que ir al concepto histórico, dogmático.

Toda la vida sería poco para dar gracia a Dios por este don. Con su Omnipotencia no ha podido hacer nada más grande, ni con su Sabiduría infinita nada más grande.

Sobre todo, es el gran sacramento social, nos incorpora plenamente al Misterio de Cristo, nos une con los lazos de la Divinidad de Cristo. No es solamente mi unión personal; tú que al unirte con Cristo te unes con tus hermanos. Además, hace vivir a sus miembros plenamente las riquezas de la vida social, sentimos que esa vida consiste en los lazos de la caridad. Es la Hostia que 300.000 veces por minuto eleva el sacerdote, minuto por minuto, segundo por segundo. En Alasca..., Oceanía..., en todas partes se alza la Hostia entre el cielo y la tierra. Tú te ofreces en unión con ella, tienes que estar en comunión católica. Es la Iglesia quien ofrece el sentido verdadero de la comunión. Esta Hostia la come toda alma, el pecador, el alma santa; se ali-

(107) *Jn.* 6, 53.

menta el niño pequeño que comienza su carrera, el anciano que llega a los últimos momentos de su existencia. En esa Hostia nos unimos en una comunión universal, católica, que no tiene fronteras. Esto hace una Comunidad exterior, verdadera Comunión; nuestro cuerpo, sangre, vida, Señor, nuestros bienes.

Vivamos cada vez más hondamente, hasta el instante de la muerte, el Misterio de la Eucaristía. Cristo que se inmola, se queda en el Tabernáculo, es nuestra comida. La Eucaristía es el Amor que se da, que se entrega, el centro de nuestra vida; hay que darle el lugar que le corresponde, centrar en El nuestra vida, dar el verdadero fundamento a nuestra vida interior.

15) *Pasión de Nuestro Señor*

A las resoluciones, pensamientos, afectos, tomados como término de los Santos Ejercicios conviene darles solidez; esto es muy importante: la solidez; no entusiasmos, sentimientos de un instante en la ascensión del alma a Dios, sino sentimientos hondos, profundos, constantes. Para darles verdadera solidez, nada puede servirnos mejor que la meditación de la Pasión y Muerte de Nuestro Señor Jesucristo; aquí adquiere valor el alma, amor a Dios, generosidad para ser y hacer lo que Dios quiere.

Vamos a contemplar la Pasión de Cristo Nuestro Señor, no escena por escena, sino en su conjunto, un cuadro de todo lo que Cristo ha sufrido y sufre y lo que ese sufrimiento significa en nuestra vida.

Miremos los sufrimientos del cuerpo. En "el varón de dolores" (108), destrozado, "a planta pedis usque ad verticem capitis, non est sanitas in eo" (109). Desde la planta de los pies a la coronilla de la cabeza no hay en él parte sana. "Ego sum vermis, non homo" (110). Yo soy gusano, no hombre. Fue despedazado, herido, flagelado, destrozado. "Verdaderamente tomó sobre sí nuestras miserias" (111).

Todo lo que Dios nos dice en la Escritura y los Profetas han contado y narrado en sus visiones es pálido al lado de la realidad.

¡Vedlo en la cruz coronado de espinas, destrozado, azotado, sus manos benditas que bendecían a los que a El se acercaban, daban la salud a los enfermos, vida a los muertos, taladradas esas manos que sólo repartieron bienes.

Esos pies que recorrieron los ásperos senderos de Galilea, como el Buen Pastor buscando la oveja perdida entre las zarzas y espinas; esos pies que pasaron, nos dice el Evangelio, dejando la paz, taladrados!

Su carne inmaculada formada en el seno de la Virgen María; esa cabeza de Dios donde recibe la Sabiduría de Dios; su rostro hermoso desfigurado.

Es la Hostia por nuestros pecados. El tomó sobre sí nuestras culpas. "Vir dolorum" (112), que sabe lo que es padecer. Todos los dolores que podamos imaginar los encontramos en Cristo. El estaba dotado de una delicadeza, sensibilidad exquisita, como carne no mancillada.

(108) *Dn.* 9, 23.

(109) Tr.: "Desde la planta de los pies hasta la punta de la cabeza no hay nada sano en él: *Is.* 1, 6.

(110) Tr.: "Soy un gusano y no un hombre": *Sl.* 21 (22), 7.

(111) *Is.* 53, 4.

(112) Tr.: "Varón de dolores": *Is.* 53, 3.

Más cruel aún es la angustia del corazón de Cristo Nuestro Señor. La Pasión de su alma, su Corazón, es ante todo humillación. Nada más arraigado en el hombre que el sentimiento del honor. Al honor se sacrifican los bienes, dinero. "Al rey hacienda y vida se ha de dar pero el honor es patrimonio del alma".

Pasión del honor: ser traicionado, ser burlado, puesto en venta; se va a vender a Cristo, regatear su precio, como la más vil mercancía. ¡Cuándo se piensa que en Africa se venden los esclavos! Este fue uno de los motivos que alegó Italia como razón de la guerra de Etiopía. ¿Cuánto queréis darme? Se ajusta precio como en las ferias de animales, como un cordero. 30 monedas, ese precio lo tiene el Hijo de Dios hombre, el Omnipotente, la santidad infinita.

Humillación del arresto. "Con palos y espada vinisteis a Mí a prenderme". Todavía más humillación el beso de Judas: "Salve, Maestro". "Judas, ¿con un beso entregas al Hijo del Hombre?..." ¡Humillaciones profundas del alma de Cristo! que comenzaron en Getsemaní y que continuaron a través del proceso de la noche; en el tribunal de Caifás, el Santo que no vino sino a buscar la gloria de su Padre, que nos enseñó a orar "santificado sea tu nombre", acusado de blasfemo, hipócrita. Rasgan ante El sus vestiduras, El que ha venido a dignificar la gloria de su Padre.

Humillaciones en la casa de Herodes. En el Evangelio se leen sólo dos palabras: se burló, lo despreció. Le pusieron una túnica de loco. Herodes significa la lujuria coronada, la corrupción en el trono; todo lo que se diga es poco. El Santo, el inocente, ante el hombre corrompido; se burla. ¡Humillaciones profundas del alma de Cristo!

En el palacio de Pilatos. Es destrozado, coronado de espinas, le cubren con una púrpura vieja. Pilatos dice: "Ecce homo" (113), no con voz con unción como lo repetimos nosotros, sino más bien: mirad este pingajo humano, un gusano y no un hombre. Miradle con esta púrpura vieja, este es vuestro rey que esperáis hace 2.000 años. ¡Humillaciones profundas del alma de Cristo! Cristo, el valor moral por excelencia, ante la cobardía representada en Pilatos.

Humillaciones de Cristo, al ser comparado a Barrabás, un salteador de caminos; se le pone en comparación, se le prefiere. (Si a nosotros vinieran a compararnos con un salteador, cómo nos humillaríamos). "Caiga su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos". ¡Humillaciones profundas del alma de Cristo!

Humillaciones del camino doloroso. Cuerdas, gritos, azotes, burlas sangrientas. "Tú, el Hijo de Dios, sálvate a tí mismo". ¡Humillaciones profundas de alma de Cristo!

Humillaciones de agonía. Entre el cielo y la tierra, agonía rabiosa del crucificado. ¡Hay que pensar lo que esto es! Destrozado, desgarrado. ¡Humillaciones profundas del alma de Cristo!

Su muerte. ¡Humillación profunda del alma de Cristo! Es que el mundo perdido por el orgullo sólo se puede salvar por la inmensa y profunda humillación del Hijo de Dios; esto fue la Pasión.

Pasión del corazón de Padre, del corazón de apóstol. ¡Qué corazón de apóstol es Cristo! "Yo he venido para que todos tengan vida" (114). Es el Buen Pastor, su amor es universal, infinito. ¡Cómo ve la visión de los

(113) Tr.: "He aquí el hombre": *Jn.* 19, 5.

(114) *Jn.* 3, 16.

siglos, la historia de la humanidad, los réprobos, el desprecio de sus enseñanzas, sus gracias despreciadas; las almas que llama a la perfección en la mediocridad. Por ellas repite las palabras del Profeta: “¿Qué utilidad tendrá mi sangre?” (115). Terrible angustia, que clama hasta el corazón de Dios. El Corazón de apóstol quiere salvar a todos, abre sus brazos para salvar al mundo. “Jerusalén”, Jerusalén! “Cuántas veces quise recogerte como la gallina recoge sus polluelos bajos sus alas y tú no lo has querido” (116). Contempla en un llano inmenso en ese instante todas las guerras, asesinatos, etc. ¡Cómo pasa todo en el corazón de Cristo!

Corazón de amigo. ¡Qué ternuras del corazón de Cristo! “Ya no os llamaré siervos, sino amigos” (117). Uno lo vende; otros lo traicionan, cobardes, ¿dónde están los muertos que ha resucitado, los ciegos, tullidos, las turbas que alimentó con 5.000 panes. ¡Nadie! Y lo peor es que sus más íntimos lo abandonan. “Si inimicus meus maledixisset mihi sustinuissem utique, tu vero...”. “Si mi enemigo me maldijese lo soportaría, pero tú...” (118). Tú amigo, no te dije siervo, sino amigo, hijo en quien derramé los tesoros de mis gracias, te llamé a la ascensión de la vida espiritual. ¡Las ingratitudes que destrozan el corazón de Cristo!

Corazón de Hijo de María. Nuevo argumento de dolor. ‘Stabat mater dolorosa’ (119). Las palabras de los profetas, la Liturgia se las aplica a María. “Oh vosotros que pasáis por el camino, ved si hay dolor semejante a mi dolor” (120). “Magna est contritio tua” (121). La profecía de Simeón se cumple. ¡Qué íntima comunicación del corazón de Cristo al corazón de María! La madre siente holecadas de amargura, que van al corazón de Cristo y del corazón de Cristo a su madre. Todo lo que Cristo sufre va al corazón de su madre: son dos grandes océanos de dolor: un océano de dolor el corazón de la madre, otro el del Hijo, dolor grande como el mar. “Stabat mater dolorosa”. Ojalá podamos llorar juntamente con María. Sí, Madre graba en mi corazón la imagen de Cristo crucificado, sus sacratísimas llagas.

¡Qué dolor del corazón de María! ¡Qué dolor del corazón de Cristo! Corazón del Hijo de Dios.

Amor de Hijo a su Padre. Este amor ha sido la razón de ser de su vida; de tal manera vivía en la perfecta visión de su Padre celestial, que aún en medio de los trabajos su solaz, su gozo era su Padre, lo veía inclinado a El, resonaban en sus oídos sus palabras: “Este es mi Hijo muy amado en quien tengo puestas mis complacencias” (122). En la Pasión la visión del Padre desaparece, Cristo es el maldito, lleva sobre sus hombros inocentes la peor carga de la humanidad, todo el cúmulo negro de la malicia humana pesa sobre El, como el macho cabrío del Antiguo Testamento. Cristo, el maldito, El que no conoció el pecado, se hizo pecado, tomó sobre sí nuestras iniquidades. “Ecce Agnus Dei” (123). ¡Instante de desolación profunda del alma de Cristo! Ve la mirada del Padre, su Justicia indignada.

(115) *Sl.* 29, 10.

(116) *Lc.* 13, 34.

(117) *Jn.* 15, 15.

(118) *St.* 54, 13.

(119) Tr.: “Estaba de pie la madre dolorosa”.

(120) *Jn.* 1, 12.

(121) Tr.: “Grande es tu dolor”: *Lm.* 2, 13.

(122) *Mt.* 3, 17; 2 *P.* 1, 17.

(123) Tr.: “He aquí el Cordero de Dios”: *Jn.* 1, 29, 36.

¡El, cuya única alegría era contemplar sus ojos en sus ojos, su Corazón junto a su Corazón!

Tan angustioso es el grito del salmista: "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?" (124). ¡El hombre fuerte que no dudó aceptar el cáliz y beberlo hasta las heces! Hay que penetrar el abismo profundo del Corazón de Cristo, el terrible misterio de Cristo.

Pasión del Corazón. Lo dio todo, sangre, vida; el corazón más santo. Quiere una vez muerto ser abierto por la lanza para mostrar al mundo asombrado el misterio del Corazón, del Corazón abierto de Cristo. Penetremos por esa herida todo el sentido del misterio de la Pasión. Muerto pronuncia su gran grito de triunfo, de angustia, pero al mismo tiempo, vencedor del pecado, del infierno. San Agustín dice: "la cruz del que muere es cátedra del que enseña".

Desde la cruz nos da Cristo grandes lecciones de vida:

1º El valor de las almas. Pensemos lo que se ha pagado por ellas. Cristo las ha comprado al gran precio de su sangre, su vida, su muerte. ¡El valor de las almas! Esas almas, por las que Cristo muere, no duda entregarse a la muerte de Cruz. Que las almas sean el gran entusiasmo de nuestro corazón. "Señor, dame almas, lo demás llévatelo". Recordemos el precio de las almas, salvar almas sea el entusiasmo de nuestra vida;

2º Generosidad. Como dice San Pablo: "Ya no vivan para sí, sino para Aquel que nos amó" (125). Que dejen su pobre vida, sus pasiones, pequeñas que estrechan el corazón, susceptibilidades, rencores, celos. El Corazón de Cristo habla desde la Cruz, de corazón grande, generoso, magnífico, que sabe entregarse sin reserva, que viva no para sus caprichos, sino para Aquel que nos amó. Corazón inmolado de mi Cristo crucificado, Tú me hablas de generosidad, de amplitud de corazón; no saben las almas comprender tu Pasión, te desconocen, como el Tuyo perdonando. Desde la Cruz Tú me predicas. N. Santa Madre Teresa:

"No me mueve mi Dios para quererte
El Cielo que me tienes prometido.
Tú me mueves, muéveme el verte
Clavado en esa Cruz y escarnecido...".

El gran argumento, sublime, "tus angustias y tu muerte".

¡Qué alma! Ni interés, ni temor en su gran alma española; supo comprender el Misterio de la Pasión de Cristo.

Esto nos predica la Pasión de Cristo, corazón grande, abierto, generoso. Esto pide el Señor a las almas, seamos generosos. "Prebe, fili, cor tuum" (126). Los corazones deben entregarse totalmente. Así, entre los brazos de la cruz de Cristo, oigamos su llamado a la generosidad, a la confianza, al perdón, al amor, a la santidad.

"Alma de Cristo, sálvame.
Pasión de Cristo, confórtame".

(124) Mt. 17, 46; Cfr. Sl. 22, 2.

(125) 2 Co. 5, 15.

(126) Tr.: "Dame, hijo, tu corazón": Pr. 23, 26.

Alabada sea la Pasión y muerte de N. Señor Jesucristo. "Adorámoste, Cristo, y bendecímoste, que por tu Cruz redimiste al mundo" (127). "Salve leño precioso, leño de vida, de muerte". (128).

Debemos tener estos sentimientos al meditar la Pasión: invitación a la confianza, invitación a la generosidad, invitación a la entrega, al total abandono del corazón.

16) *La Reparación*

En esta meditación quiero daros algunas ideas que son el complemento de la Pasión, breves puntos generales para vivir mejor el Misterio de Cristo.

Cristo Nuestro Señor, muriendo en la Cruz, en la Eucaristía renovando su Pasión dolorosa, ¿por qué viene a continuar su Pasión? Porque viene a reparar, viene a la tierra a reparar el pecado, las ofensas hechas a la Majestad de Dios. La Justicia Divina necesitaba la inmolación de Cristo para quedar satisfecha. Toda la vida de Cristo, visible, en la Eucaristía y en la gloria, tiene el gran fin, el sentido de la reparación, la satisfacción ofrecida al Padre por la gloria que le hemos quitado con nuestros pecados y los de los demás. Esa reparación constituye la razón, el fin de la venida, el secreto de todo el drama de la Pasión; también le estamos unidos en la reparación. Nuestra vida es ante todo el complemento del Misterio de Cristo, continuamos su obra de reparación, su Pasión. San Pablo lo dice: "cumpro en mi cuerpo lo que falta a la Pasión de Cristo" (129). Nuestra vida ha de ser la perfección, el complemento de la Pasión. Cristo total es Cristo y nosotros, somos el complemento de Cristo. Cristo, la cabeza, repara; nosotros los miembros reparamos con Él. Seamos en la Eucaristía la gota de agua agregada al vino y participemos por nuestra unión de la inmensa y sobreabundante reparación de Cristo Nuestro Señor.

El género humano pereció por la solidaridad y es también salvado por la solidaridad. Del pecado de nuestros primeros padres somos solidarios todo el género humano. Además de nuestros pecados personales todos hemos pecado en la cabeza; un hombre nos arruinó y por otro hombre hemos sido rescatados y salvados. La humanidad en conjunto había perecido; ha sido redimida, pero es preciso hacer llegar momento a momento las gracias de la Redención. "Copiosa apud eum redemptio" (130). Nosotros aplicamos esa redención. ¿Por qué medio repara Cristo? Por la inmolación; nosotros reparamos por lo que Cristo hizo, por la inmolación total de nuestro ser; estamos llamados a ser "hostias", no sensiblerías, sino en el sentido profundo, sabernos unir a la inmolación de Cristo. Inmolando nuestro cuerpo, nuestra vida, como dice San Pablo: "Que exhibáis vuestros cuerpos y vidas como una hostia..." (131). La inmolación de nuestra voluntad total por la obediencia sincera del corazón, profunda, no que interprete las cosas a su manera y a su gusto, sino como Dios lo pide; ésa es la inmolación de la voluntad por la obediencia del corazón que no quiere sino lo que él manda amar; eso ama y no desea otra cosa sino ser e identificarse con Cristo; eso

(127) Oración que se repite en el "Vía Crucis".

(128) De la Liturgia del Viernes Santo.

(129) *Col.* 1, 24.

(130) *Sl.* 129, (130), 7.

(131) *Rm.* 12, 1.

es ser hostia, eso es vivir la Misa; no actos de ofrecimiento victimales, sino en el sentido profundo, esto es ser hostia.

La reparación es el deseo formal de Cristo. Abrid el Evangelio, veréis cómo habla el deseo de morir, de redimir, de salvar. "Ecce qui tollit peccata mundi" (132). Quita, inmoldándose. Al entrar al mundo, dice por el profeta: "las hostias y los sacrificios no quisiste, "ecce venio" (133), agrega y en esta voluntad única hemos sido salvados. Nosotros, al comenzar nuestra vida espiritual, hemos dicho también: "No te han agradado los sacrificios exteriores, he aquí, oh Padre, que vengo a hacer tu voluntad". Esa voluntad es que Dios Nuestro Señor quiere nuestra santificación.

Mirad, Nuestro Señor ha pedido la reparación especialmente en estos últimos tiempos, por las revelaciones a Santa Margarita María: "He aquí este corazón que tanto ha amado a los hombres, y que no recibe de ellos sino ingratitud..." "Tú al menos ámame". "Tú dame amor por ese desamor que tú misma me has dado". Es muy conveniente leer la Encíclica "*Miserentissimus Redemptor*", de Pío XI, en 1928.

Por dos títulos estamos obligados a la reparación.

Es un deber de justicia por mis propios pecados; y un deber de caridad por los demás. Es una necesidad la reparación en las circunstancias actuales. Tres grandes problemas se presentan:

a) *La abundancia del mal*

Ante el corazón del sacerdote se presenta el panorama del mundo, de la humanidad corrompida, se ven avanzar olas de cieno. Cuando pienso, veo, la ola fatal, la juventud arrastrada por esa ola fatal, me quedo helado. Pero no hagamos escenas. Se puede repetir la frase bíblica: "omnis caro...", "toda carne había corrompido su camino". Por otra parte, veo un cuadro que alienta: almas hambrientas de Cristo. Cristo como piloto y las almas que exclaman: "tierra a la vista, Cristo a la vista"; parece que se acerca su reinado. No hay más seguridad, luz, sino Cristo. Cristo y su Reino, espera que venga su Reinado. Pío XI proclamó la fiesta de Cristo Rey, y el primer grito del Cardenal Pacelli al iniciar su Pontificado es a Cristo Rey. Es necesario que El reine. Pero su cosa tristísima, faltan apóstoles, sufre el corazón del sacerdote, de los obispos, las almas tienen hambre; como decía el Profeta, los niños pedían pan y no hubo quien se los diera. Las almas de los jóvenes en esa edad de las generosidades, en que aman lo bello, necesitan sacerdotes amigos, en quienes depositar toda su confianza. (Me dicen que estoy ciego en amor a los jóvenes). Los pobres, un pasto del Comunismo, buscan la justicia donde no está; faltan apóstoles, el número de sacerdotes es escasísimo. Esto debe impulsarnos a pedir mucho por las vocaciones sacerdotales y por los sacerdotes. En nuestra Diócesis, hay 5 Parroquias cerradas, las almas mueren como perros. De la Parroquia de Alcántara vino una comisión a decirme: "No nos tenga más así; ¿qué hemos hecho? Queremos ser buenos". Un viejo andaba con un crucifijo ayudando a bien morir a los enfermos. Lo único que podía decirles era: "Veremos" y palabras vagas.

(132) Tr.: "He ahí al que quita el pecado del mundo": *Jn.* 1, 29, 36.

(133) Tr.: "He aquí que vengo": *Sl.* 39 (40), 8.

¡Qué tragedia es un pueblo sin sacerdote! El Cura de Ars decía: “adorarán a las bestias”.

Falta número, corazones de apóstoles, faltan almas inflamadas, que tengan hambre de las almas, que comprendan el angustioso grito de las almas que se pierden.

¿Qué hacer en esta angustiosa situación? Opríme.

Hay que acudir a la reparación, para expiar y suplicar venga el Reino de Dios. Por los sacerdotes que no hay, reparad, vivid en intimidad con Cristo Nuestro Señor, vivid cada día vuestra Misa, ser una hostia inmaculada, para la redención de vuestros hermanos. Vosotras, por vuestra contemplativa vocación debéis tener hambre de las almas. Nosotros, por nuestro apostolado, no podemos dedicarnos todo el día a la oración, hay tantas cosas; os pedimos la caridad de la reparación, vivid realmetne vuestra vida. Para nosotros esta reparación está en consumirnos en un trabajo mezquino; vosotras, por vuestra vida de oración, por vuestra Regla; vivid su espíritu más plenamente, totalmente, y así se aplacarán muchos crímenes, la blasfemia, la profanación de los sacramentos, especialmente del matrimonio. Esto clama a los oídos de Dios. Reparad por los sacerdotes, nosotros somos débiles seres, recibimos tanto y damos tan poco. ¡Cuántos olvidan su ministerio, qué triste y negro es el cuadro!

b) *Reparad*

Reparad por tanta cosa, reparad por el mundo que se aleja de Dios. A nosotros nos toca pedir venga el Reino de Cristo; que nuestra vida toda tenga este significado. Sentiréis la belleza del apostolado unida a vuestra vida, sentir que las almas os responden. Tenéis un modelo en Santa Teresa. ¡Cómo ofrecía sus pasos amando por las misiones! Tened sed de las almas, sed fieles a vuestra vocación de hostias, víctimas, no sensiblerías, como es el sacerdote, como Cristo en la Cruz. Cristo, ¿qué fue? Víctima, Hostia; el altar donde se inmoló tuvo una hostia, su cuerpo; una víctima, Cristo.

En El nosotros somos sacerdotes, víctimas, hostias, altar; éste es el sentido del Misterio de la Misa. Daos enteramente al Señor, con corazón grande, generoso, que no niega nada, sin reservarse nada, sin apego a pequeñas cosas que os alejan de Cristo; vivid vuestra vocación de hostias, como la Hostia santa que en la consagración se da sin reserva. Cristo quiere el triunfo de su Reino, nosotros somos los artífices del Reino de Dios, del triunfo de Dios, del avanzarse Cristo en la tierra. En medio de esta época, gracias a Dios, se nota mucha sed de almas, aunque nuestros ojos no lo vean, no importa.

Por nosotros, por nuestra reparación en unión con Cristo, el mundo se salvará. Seguid vuestra vida de reparación, sentiréis vuestra vida plena, llena. ¿Qué importa sufrir congojas, tentaciones, pruebas, si nuestra vida responde a los designios de Dios? Así sentiréis la felicidad, el cielo anticipado, sentiréis vuestra vida llena, que se consume por el Reino de Cristo y la salvación de las almas.

17) *La Liturgia*

Varias veces durante estos Ejercicios os he hablado de la importancia de identificarnos con el corazón de Cristo. Señalaba cómo debíamos

conocer su doctrina en el Evangelio; conocer su vida en sus misterios, para imitarlo; la necesidad de que la Misa fuera el eje de nuestra vida espiritual; enseguida, el misterio de la Cruz. Todo exige una forma práctica de asimilarnos, de realizar esa identificación, llevar a la práctica esas doctrinas, sus ejemplos a través de la vida de Cristo.

Todo se realizará en el Ciclo Litúrgico, es un Manuel de Pedagogía. La Iglesia va asimilando al alma al corazón de Cristo, e identificando, dándole doctrina, modelando el corazón en los ejemplos de Cristo.

No hay camino más seguro que éste. Seguimos paso a paso los Misterios de la vida en el Año Litúrgico. La Eucaristía, la Misa, tienden a reproducir los misterios de Cristo. El Oficio Divino forma marco a la Misa, hace vivir los mismos Misterios. No hay nada más eficaz, más pronto, seguro, para vivir los Misterios plenamente que el Año Litúrgico. La vida eucarística de Cristo se reproduce en el Año Litúrgico; su vida mortal se continúa en el Año Litúrgico, su vida gloriosa.

El encadenamiento de fiestas es la pedagogía sublime de la Iglesia, por ella nos lleva a Dios.

Dios quiere santificarnos como El establece, quiere que nuestra ascensión sea por el camino señalado, en la forma establecida por la Iglesia en el Año Litúrgico. En la sucesión de tiempos, días, se reproduce la vida de Jesús y de María. Nuestro vivir en la tierra debe ser la vida de Jesús, Es necesario que sus Misterios tengan plena resonancia, no sólo exteriormente, sino que venga al fondo de la vida espiritual.

Comienza con el Adviento, Misterio sublime, 2.000 años de esperanza. Se sienten las ansias, la espera, los deseos de las almas santas. Ven, Señor. "Rorate caeli, desuper" (134). ¡Qué bella! Es un llamado continuado a la venida de Cristo.

Son tres venidas, según San Bernardo: en carne mortal, al fin de los tiempos y a los corazones.

Esto reproduce el Adviento: la primera prepara a la tercera venida de Cristo, en gloria y majestad.

El Señor vino en carne mortal, habló, continúa su vida, debe venir al fin de los tiempos, todo lo reproduce el Adviento. El Adviento bien vivido, meditado, nos va impregnando de su música; es una sinfonía, un "crescendo" que grita: "El Señor está cerca". Vienen las antifonas mayores; nos hablan de esperanzas, anhelos, penitencia, purificación. Así el alma penetra en el alma de Cristo, sentirá lo que significó su venida, lo que ha de ser su venida por gracia y majestad.

— Vivir el Adviento es un camino seguro.

Viene Navidad, el Misterio de Dios Niño. "Puer natus est nobis" (135). Con los pastores sentimos, vamos cantando: "Regem angelorum" (136). "Adeste fideles" (137). Vamos a adorar al Niño que nació, al Justo, al Príncipe de la paz. La Liturgia llega a las almas.

¡Jesús pequeñito! Misterio de pobreza, de amor, habla a las almas enorgullecidas de este siglo. Esta enseñanza nos da el Niño Jesús.

(134) Tr.: "Lloved, cielos de lo alto": *Is.* 45, 8.

(135) Tr.: "Un niño nos ha nacido": *Is.* 9, 6.

(136) Tr.: "Al Rey de los Angeles", estrofa del Himno Navideño "Adeste fideles".

(137) Idem.

¿Cómo habla la Liturgia!

“Niño Dios, que estás naciendo
Nace aquí en mi corazón
Y hazme niño y hazme Dios”.

El fundamento de la vida espiritual es el Misterio de Navidad, que se prolonga a través de la Epifanía. Es el primer rayo de luz en el mundo entenebrecido.

La vida de nosotros es una Epifanía: mostrar a las almas a Dios, que no conocen.

“Levántate, Jerusalén, para ser iluminada”.

El Misterio de Epifanía se continúa a través de las dominicas siguientes; el Misterio de Dios Niño, adolescente, trae el sublime misterio de la vocación de los gentiles.

Sentimos la necesidad de ir con presentes (oro, incienso, mirra) como a Rey, Hombre, Dios.

Todo nos va haciendo sentir el gran misterio de Cristo.

La “Purificación” es toda luz. Antes que venga decía: “Oriens”, “oh sol que nace en Oriente”, mañana verás su resplandor, ya comienza.

Después de Navidad viene el misterio de luz; es el medio día después de la aurora que se levanta, es el apogeo.

La Purificación, la Candelaria, misterio de luz, “lumen ad revelationem gentium” (138). Se termina el misterio de Epifanía: nos ha identificado con Dios Niño; sentimos que Jesús viene a nuestros corazones.

La Encarnación habla no sólo a la inteligencia; la Liturgia de Media Noche, todo nos habla del Misterio de la Encarnación: este Niño que nace en nuestros corazones es Dios.

Esto es el dogma vivido: habla a la inteligencia, al corazón, al sentimiento, a los sentidos.

Ofrece el dogma, alimenta el corazón, al sentimiento, a la voluntad, impele los sentidos, se perciben los perfumes, las luces, el incienso nos dice: “Christus natus est nobis, venite, adoremus” (139).

El Misterio de Septuagésima no tiene todavía la trágica solemnidad de Pascua, es como el encanto de la adolescencia; los paisajes que impresionan tristemente dan suavidad a la vida; los paisajes de la costa, tristes, llenos de austeridad y solemnidad.

Santa Teresa reproduce los paisajes de la llanura de Castilla, suaves, austeros, cargados de ensueños.

Va a iniciarse el gran misterio de Pascua. Dios va suavemente preparando, llevando al alma. Ya comienza el Misterio de la Redención.

La Cuaresma, la Vida Pública, nos hablan de penitencia, limosna, oración, que nos presenta en sus Misas de feria en las estaciones romanas. Inclínamos la cabeza ante el Señor, recordando que somos polvo y ceniza; comienza el drama de la Pasión, con sus intrigas, odio. Llegamos a la Semana de Pasión. “Vexilla regis, fulget mysterium”. 140). Los santos se cubren de color morado, acentos de tristeza (141).

(138) Tr.: “Luz para revelación de los gentiles”: *Lc.* 1, 79.

(139) Tr.: “Cristo nos ha nacido hoy, venid, adoremus”. Invitatorio del Oficio Divino de Navidad.

(140) Tr.: “Los estandartes del Rey ya aparecen. Brilla el misterio de la Cruz y 5 Himno del Oficio de Vísperas, tiempo de Pasión. Antigua Liturgia.

(141) Era la práctica litúrgica de la época.

Viene la Semana Mayor, la institución de la Eucaristía, la muerte de nuestro Señor. Somos consepultados con Cristo en su muerte. ¡Gran misterio bautismal!

Morimos y resucitamos con Cristo resucitado la mañana de Resurrección; es el gran día de triunfo de Cristo.

“Si consurrexistis cum Christo, quae sursum sunt quaerite” (142). Almas conresucitadas con Cristo, para vivir para Dios; busquemos plenamente las cosas de arriba, no las terrenas.

“Exultet” (143). “Feliz culpa”, que nos ha merecido un salvador; todo el misterio está representado en el cirio.

(142) Tr.: “Si resucitasteis con Cristo, buscad las cosas de arriba”: Col. 3, 1.

(143) Primera palabra del Himno Pascual.



Fachada de la Pontificia Universidad Católica, lugar de los primeros apostolados como sacerdote de Mons. Larráin

FUNERALES DE UNA RELIGIOSA
LA MADRE ROSARIO D. M. — AMELIA GRAVOUILLE (1)
(3-VIII-1949)

“Con la plácida sonrisa de su jornada cumplida, se durmió suavemente en el Señor. Era la virgen prudente que mantenía encendida la mística lámpara con que aguardaba la llama del celestial Esposo (2).

Y la voz resonó para decirle: “Sierva buena y fiel, entra en el gozo de tu Señor” (3). Y obediente, como siempre a la palabra divina, su alma voló al encuentro de su Dios.

“No busquemos a un vivo entre los muertos” (4). Ella ya posee en plenitud esa vida divina que constante y afanosamente buscó aquí en la tierra.

“No lloremos como los que no tienen esperanza” (5).

Ella ya habita y para siempre el lugar del descanso, de la luz y de la paz. Escuchamos en cambio las lecciones que su vida nos dicta, y sean ellas el más precioso legado que recibamos y el más perfecto homenaje en su memoria.

Hace cincuenta años que en la Casa de las Religiosas Mercedarias de Aix-en-Provence, se presentaba una joven a solicitar su admisión en la vida religiosa. Traía el entusiasmo de su alma francesa abierta a los grandes ideales, la fe profunda de quien sabe estimar la perfección cristiana sobre los bienes del mundo, la docilidad plena para cumplir el llamado divino y la generosidad del que comprende la belleza de la palabra evangélica: “El que pierde su vida la encuentra” (6).

A eso venía: arriesgar su vida por Cristo y por las almas. A caminar por los senderos rudos donde el pie se hiere, abrir con fatiga nuevas sendas por donde el Evangelio avanza, abrazarse de los trabajos penosos donde el sentido de la responsabilidad nunca descansa, a saber del lugar sin tregua por Jesús. Y la Revda. Madre María del Rosario supo ser plenamente fiel a sus propósitos.

Fueron las tierras de Argelia las que conocieron sus primeros sudores, y fueron después, por cuarenta y ocho años, las tierras de Chile las que vieron pasar su blanca figura que irradiaba paz y bondad.

Treinta años, como Vice Provincial primero y como Superiora Provincial después, la tuvieron al frente de la Congregación de las Religiosas Mercedarias en Chile. Sencilla, discreta, llena de ese celo apostólico que no conoce dificultades, iba llevando por doquier ese espíritu de atractiva caridad que caracteriza a su Congregación.

(1) Oración fúnebre, pronunciada en Talca. Esta Madre es una de las primeras Religiosas Mercedarias llegadas a Chile. El texto se conserva en el Convento de la Congregación en Talca.

(2) Cfr. *Mt.* 25.

(3) *Mt.* 25, 21.

(4) *Lc.* 24, 5.

(5) *I Tes.* 4, 13.

(6) *Lc.* 9, 24.

Los Hospitales de Santa Juana, Graneros, Melipilla y Molina, el Asilo de Ancianos de Constitución y el nuevo Noviciado de San Javier serán los testimonios más efectivos de su celo y apostólica actividad.

Había comprendido la gran locura de la cruz.

Había penetrado la esencia del Cristianismo: creer en el Amor. Y porque se cree en el Amor, dar.

Estar pronta a la alegría y al sufrimiento, al éxito y al fracaso, a la palabra reconocida y a la incompreensión.

Vivir para los demás y olvidarse de sí.

Hacerse toda para todos para ganar a todos para Cristo.

Dar en medio de este siglo el gran testimonio de Cristo, para que viendo sus obras glorifiquen al Padre que está en los cielos y de esta manera llenar en forma plena el ideal de su vida religiosa.

Fue su existencia el ejemplo viviente del alma que busca a Dios y no descansa hasta poseerlo.

De ahí su vida de oración intensa y de piedad fervorosa.

De ahí su abnegación constante en continua inmolación.

Y al buscar a Dios no lo hizo egoístamente, lo poseyó para darlo a las almas. De ahí su celo, su esfuerzo y su labor.

Sabía que como religiosa tenía que ser fiel copia de Cristo. Y en la práctica esmerada de las virtudes trató exactamente de imitarlo. Tenía un modelo seguro de perfección: su Madre Dulcísima de las Mercedes. Y ella le hizo la merced de acompañarla en vida y de recibirla con sonrisa maternal al atravesar los linderos del tiempo. Sin saberlo, en su humildad, su existencia brilló como llama y hoy en su muerte resplandece como luz.

Sus hijas la lloran, pero sus lágrimas tienen el dulce consuelo de la esperanza.

Saben que esta vida no se destruye, tan sólo se cambia y deshecha la habitación terrena, se edifica la eterna en los cielos. Saben que ya se ha revelado ante ella "el eterno peso de gloria" y que su alma bendita intercede por ellas ante el Señor".

—:::—

LLEGADA DE LAS RELIGIOSAS DE SANTA MARTA A CHILE (1)
(X-1957)

Comenzaba el invierno chileno de 1948. El mes de Junio con sus nieblas y lluvias anunciaba los días en que parece desearse con más ansia el sol.

Y sin embargo una gran luz brillaba sobre Chile y sobre la ciudad de Talca. El primer grupo de Religiosas de Santa Marta, dejando las costas de Italia, avanzaba por el Pacífico inmenso, *caminando con fe* (2), hacia el lejano Chile. El día del Sagrado Corazón de Jesús, el primer grupo llega a Valparaíso.

(1) *Caminando con fe* —Noticiario de la Casa Generalicia de las Religiosas de Santa Marta— XII-1957, p. 57.

(2) Alusión al nombre del Noticiario.



*Inauguración de Escuela
en Curicó, a cargo de las
religiosas de Sta. Marta.*

Después... después ha sido un caminar rápido y valiente con fe por los senderos del apostolado cristiano. Escuelas, enfermos, atención espiritual... Cerca de 3.000 niñas que reciben educación cristiana de la mente y del corazón bajo la solícita atención de las Religiosas de Santa Marta.

¿Quién podrá medir el bien que se ha hecho? ¿Quién podrá decir los corazones que se han abierto a Cristo? Sólo Dios lo sabe y sólo Dios podrá premiarlo.

Y sin embargo, estamos aún en el comienzo de una gran tarea. Yo veo el porvenir que el Señor en su providencia depara a esta gran obra de apostolado auténtico en la fe y en la caridad.

¿Qué podrá decir quien, como el autor de estas líneas, ha visto de cerca su obra y ha comprendido a través de ella su espíritu?

La Revma. Madre Generala Ignacia Onvaro, cuyo venerable Consejo, la Revda. Madre Esmelinda y toda la Comunidad que desde Italia siguen ansiosas el caminar con fe de sus hermanas de Chile, están incorporadas a lo mejor de nuestra historia misionera en Chile. Quiera el Señor bendecirlas y hacer que el querido Instituto que el Excmo. Mons. Reggio fundara en tierras de Liguria, viva, florezca y crezca en tierras chilenas.

—::—

EL FUNDADOR DE LAS RELIGIOSAS DE SANTA MARTA,
MONS. REGGIO (1)
(1-XI-1961)

Los hombres de Dios son como las montañas, cuanto de más lejos se les mira, mejor se contempla su grandeza.

A los sesenta años de partida de este mundo del Padre Fundador de las Religiosas de Santa Marta, comprendemos en el espíritu que anima a sus Hijas, el temple de su alma visionaria.

Fue hombre de fe profunda que a través de los acontecimientos contempló la acción de Dios en las almas y por eso sus hijas pueden decir que, tras sus huellas, avanzan caminando con fe.

Fue hombre de oración y sacrificio y por eso su esperanza fue firme, se sobrepuso a las dificultades e imprimió en la Congregación que fundara, ese sello de sano optimismo que es una de sus más bellas características.

Pero sobre todo fue hombre de caridad y en el amor (2) de Dios y de los hombres encontró el fuego que alentó su vida y por eso sus hijas, animadas de esa misma caridad, han surcado océanos y continentes para llevar a las lejanas regiones de Chile el celo por las almas que su fundador le infundió.

En la base del faro de Alejandría se leía esta inscripción "Hic jacet architectus, aspice monumentum".

Igual cosa podemos decir al recordar los sesenta años de la muerte del Exmo. Mons. Tomás de Reggio y la Congregación de Santa Marta que continúa y extiende su espíritu.

"Aquí yace el Arquitecto.
Contempla el monumento".

(1) *Caminando con fe* —Noticiario de la Casa Generalicia de las Religiosas de Santa Marta— XXVI (1961), p. 45.

(2) En el texto original se lee "alma" en lugar de la palabra "amor". Pensamos que es un error de transcripción.

PROLOGO

Sobre la masa anónima del proletariado moderno flota, como sobre la informe masa del Cosmos primitivo, el Espíritu Santificador.

En sus agitaciones, angustias y rebeldías, busca, sin saberlo quizá, aquel suplemento del alma que ha de animar el mundo de la técnica y del trabajo manual.

Darle a ese mundo su alma: hacerle ver el rostro de Dios que anhela, mostrarle un mundo nuevo donde la visión evangélica de la vida lleve a aquella unidad que las filosofías materialistas no han sido capaces de darle; he aquí la gran tarea que inquieta y urge a las almas apostólicas de hoy.

Una respuesta bella y honda la encontramos en el libro "EN EL CORAZON DE LAS MASAS", cuya traducción española tenemos el alto honor de prologar.

Su título sugestivo expresa una de las más ricas experiencias apostólicas de nuestro tiempo, inspirada en la vida y los escritos de Charles de Foucauld.

En sus páginas encontramos vibrante el ideal que llevara a Charles de Foucauld al desierto y el que lanzara al autor de este libro y fundador de la Congregación, Padre René Voillaume, al apostolado admirable que las Hermandades están realizando callada y hondamente en la Iglesia.

En un mundo que siente como llaga viva la miseria proletaria, los Hermanitos y Hermanitas de Jesús han venido a encarnarse en los problemas, dolores e inquietudes de ese proletariado. A ser pobres como los pobres, perteneciendo plenamente al mundo social a que ellos pertenecen. A situarse, como bien lo expresa el título del libro, en el corazón de la masa.

Los ambientes más olvidados y despreciados han recibido a través de ellos, el mensaje de Jesús-Amor. Los tuaregs del Hóggar, los pastores nómadas del Sahara argelino, los leprosos del Camerún y del Viet-Nam, las tribus primitivas del norte de Australia, han visto en su testimonio la verdadera fisonomía de la Iglesia.

El libro "EN EL CORAZON DE LAS MASAS" viene a traer la respuesta cristiana a la inquietante angustia del mundo obrero y a dar sentido cristiano.

Hay en el mundo obrero un gran sentido de esperanza, que el marxismo ha explotado en su provecho. Es una visión integralmente evangélica de la vida, donde esa esperanza podrá encontrar su expresión. Y es ésta la primera nota del libro que prologamos. Si bien su título es "EN EL CORAZON DE LAS MASAS", podría igualmente con propiedad titularse EN EL CORAZON DEL EVANGELIO.

El mundo obrero posee un gran sentido de fraternidad. Es precisamente el espíritu que se desprende de este libro: una visión estrecha en un esfuerzo de amistad franca y abierta donde la bondad y la alegría de los hermanos que viven en la unidad encuentran su cabal expresión.

Realismo leal y sentido comunitario son los otros dos valores del ambiente obrero, y es también en estas páginas donde hallan su respuesta cristiana.

Pero esa presencia en el corazón de la masa lleva una característica primera: está cargada de vida sobrenatural. Brota de la contemplación. En esos ambientes que la técnica y la miseria han materializado, los Hermanitos de Jesús traen el germen renovador de la plegaria. Son "los permanentes de la oración", los delegados de esa masa anónima ante el "Padre que ve en el secreto" del corazón. Los que hacen sentir entre el ruido ensordecedor del maquinismo moderno los gemidos inerrables de súplicas del Espíritu. Por ellos se revela el rostro del Gran Orante —Ecclesia Orans— en ambientes que parecerían sólo orientados a problemas y necesidades materiales.

Un espíritu y un método. He aquí lo que el libro ofrece. Si el espíritu brota de la contemplación intensa, el método no es otro que el vivir el misterio de Nazaret. Son los medios pobres de la humildad, pobreza y abyección, los que constituyen la forma misma de la vida religiosa de las Hermandades, el secreto de su vida espiritual y el ideal que inspira toda su actividad apostólica.

Viene en buena hora a nosotros la versión española del libro del Padre Voillaume. Ahí encontramos conjuntamente una visión amplia del apostolado y un sentido hondo de la vida espiritual. La lengua española se enriquece en esta traducción con una de las obras más maestras de espiritualidad de nuestro tiempo.

En sus páginas meditaremos una vez más la imponderable eficacia de la plegaria intensa, de la inmolación silenciosa, del morir fecundo. Ellas nos repetirán en acentos actuales las eternas enseñanzas evangélicas de "la óptima parte", de la contemplación y "del caer del grano de trigo en el surco para morir y fructificar".

El libro despertará inquietudes. Más de alguno, al recorrer sus páginas, revivirá, quizá, sin conocerla, la página de Jean Giono: "Cuando la miseria me asedia, yo no puedo calmarme bajo un murmullo de genio. Mi alegría no permanecerá mientras no sea la alegría de todos. No quiero atravesar las batallas con una rosa en la mano".

El libro hará la perpetua paradoja cristiana: estar en el corazón de la masa y en el corazón de Dios.

El mensaje de Charles de Foucauld, que el Padre Voillaume nos entrega en estas páginas, es un gran llamado de Dios a nuestro tiempo.

Que este libro, rico y denso, nos ayude a comprender ese mensaje y nos de a gustar la gracia que en él se encierra.

